



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Acellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Añer-
ne, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Bui-
trago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomanor, Camús, Canals, Cabete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Marín, Cazorro, Cervino, Chest-
co de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuetto, Sra. Corvoado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cumengra, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-
Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echevaray, Equilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figueroa-
Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbush-
Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártos, Mata, D. Guillermo, Mata (D. Pedro)-
Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinelo, Olózaga, Pomilio Genor, Palacio, Pasa-
ción y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de
Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señoría Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trucha, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano,
Vega (Ventura de la), Vidiart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Junio de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las prin-
cipales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompaña-
do su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comu-
nicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Folk-Lore, por
L. Giner Arivau.—La espada y la mano, por Luis Ricard-
do Forts.—El medallón de topacios, por Rafael Comenge.
—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por
Nicolás Díaz y Pérez.—A Gloria... por Luciano Gutié-
rrez.—El origen de los instintos, por Manuel Montero
Rapallo.—La Luna, por Manuel Montero Rapallo.—No
sé, por R. Ortiz y Beneyto.—Las estatuas, por Manuel
Lorenzo D'Ayot.—El Cisne de Vilamorta, por Jerónimo
Vida.—En el primer aniversario de la toma de Joló, por
José Alvarez Sierra.—Entre Scila y Caribdis, por Pablo
Nogués.—¡Canto! por R. Ortiz y Beneyto.—Inglaterra
y las Islas Filipinas, por A. P. M.—El Archipiélago
Filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—Revista de Madrid,
por Eugenio de Olavarria y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Mientras el cólera devasta y arruina á las
provincias de Levante y deja sin gente á
Aranjuez, llegan las pasiones políticas á tal
grado de exacerbación, que difícilmente se
concebe cómo después de medio año de estar
abiertas las Cortes, en pleno verano y con el
cólera á las puertas de Madrid, hallen las opo-
siciones y el gobierno ánimos para la lucha en
que vienen empeñados.

¡Tan graves son las cuestiones que han de-
jado pendientes los conservadores! La del có-
lera en primer lugar, que lo ha dado á la uná-
nime manifestación del comercio de esta corte,
seguida de lamentable motín que ensan-
grentó las baldosas de la Puerta del Sol. La de
la política desdichadamente ultramontana y
de resistencia que se ha acentuado después de
un conato de crisis, cuya razón de ser no se ha
visto clara después que D. Alfonso ha ido
motu proprio á Aranjuez. Las justas exigen-
cias de los partidos liberales que consideran
después de las importantes adhesiones al del

Sr. Sagasta, que ha cesado ya la razón del ale-
jamiento de los liberales de las esferas del po-
der... Todo esto constituye un estado de cosas
muy tirante que ha venido á señalarse en el
debate que en estos momentos se está verifi-
cando en el Congreso.

El Sr. Castelar, en un maravilloso discur-
so que se considera como uno de los mejores
de su larga y gloriosa carrera parlamentaria,
ha señalado los pavorosos extremos á que pue-
de conducirnos la política conservadora, y el
general López Domínguez, en corto y enérgico
discurso, que él mismo ha calificado de acto,
ha acentuado las declaraciones del ex-presi-
dente de la República española.

La política inglesa, después del reciente
cambio de Gabinete que en Inglaterra se ha ve-
rificado, ha sido la más saliente de la política
exterior. Constituido éste y reeligidos ya en la
Cámara de los Comunes, los individuos que
han entrado á formar parte de él, hé aquí la
que respecto á las cuestiones que aquél encuen-
tra pendientes nos comunica la prensa ingle-
sa.

The Daily Telegraph dice que en el consejo
celebrado el miércoles, el Gabinete se ocupó de
las disposiciones financieras que conviene to-
mar y de la declaración política que hará el
gobierno al reanudar sus sesiones el Parla-
mento mañana, lunes.

El convenio con Rusia, considerado de ca-
rácter urgente, y la cuestión de Egipto, ocupa-
ron la preferente atención del consejo.

Entre los Gabinetes de Berlín, San Peters-
burgo y Londres se han cruzado recientemente
comunicaciones de un carácter altamente sa-
tisfactorio y conciliador.

En una reunión celebrada en Wakefield
por el partido liberal, M. Herbert Gladstone,

el menor de los hijos del jefe del último Gabi-
nete, ha expuesto el programa de la futura po-
lítica del Gabinete liberal, que abraza los si-
guientes extremos:

- 1.º Conceder á Irlanda amplias concesio-
nes en su gobierno local.
- 2.º Adoptar una política exterior defensi-
va y enérgica, evitando en lo posible toda com-
plicación.
- 3.º Estrechar todo lo posible la unión de
Inglaterra con sus colonias.
- 4.º Adopción de amplias medidas radicales
en las reformas interiores, basadas en la vo-
luntad nacional.

Se asegura que el conde de Staal ha cele-
brado una conferencia con el marqués de Sa-
lisbury, en la que se han ocupado de la cues-
tión de límites fronterizos en el Afghanistan.

The Standard anuncia que el gobierno va á
nombrar una real comisión á fin de que estu-
die é informe acerca de las causas originarias
de la crisis comercial que atraviesa en la ac-
tualidad Inglaterra.

El Consejo municipal de Douvres ha acor-
dado adoptar rigurosas medidas de precaución
respecto á las procedencias de España, con ob-
jeto de evitar que el cólera penetre en Ingla-
terra. Al efecto ha prohibido terminantemente
la importación de trapos procedentes de Es-
paña, disponiendo que sean quemados los que
de nuestro país procedan.

Con asistencia del príncipe de Gales, y
bajo la presidencia del lord-corregidor de Lon-
dres, se reunió el miércoles último el comité
encargado de recoger fondos para la erección
de un monumento nacional á la memoria del
general Gordon.

A propuesta del príncipe de Gales, el co-
mité acordó destinar los fondos reunidos para
la creación de un *Asile camp-Gordon* para jó-

venes de catorce á diez y ocho años, á los cuales se dará en él instrucción civil ó militar, según su capacidad é inclinación.

A *The Standard* telegrafian desde las indiamaciones de Herat lo siguiente:

«Los rusos tienen frente á sí, en Penjdeh, un enemigo más invencible que los afganos. Graves y numerosas enfermedades se propagan entre sus tropas, y la mortandad es considerable. El gobernador de la población se cuenta entre el número de sus víctimas.»

La última palabra respecto á la cuestión anglo-rusa es la que el telégrafo nos comunica en los siguientes telegramas:

Londres 6.—En la Cámara de los Lores el marqués de Salisbury ha declarado que las negociaciones se han reanudado entre San Petersburgo y Londres, y que de ambas partes se desea llegar á una solución amistosa.

En cuanto á las cuestiones relativas al Egipto, el ministerio las estudia. Cree que se debe arreglar en primer lugar la cuestión de hacienda, y en segundo lugar la del Sudan.

El ministro dice que necesita tiempo para estudiar aquellas dos cuestiones.

Habla después de la lealtad del khedive, y declara que el ministerio no abriga la intención de aplazar la disolución del Parlamento y promete que las elecciones se harán en Noviembre próximo.»

Londres 7.—En la Cámara de los Lores, el marqués de Salisbury, hablando de las negociaciones entre Rusia é Inglaterra, relativamente al Afghanistan, ha dicho:

«Aunque dejan esperar una solución amistosa no son bastante adelantadas para hablar formalmente sobre este particular.

Un luto reciente impide al Sr. Giers seguir las negociaciones.»

El ministro ha añadido: «no se debe dar una importancia definitiva á las negociaciones que se siguen, pues sin discutir las miras de los varios soberanos que tienen intereses en esta parte del mundo, no se puede considerar como estable la situación de los negocios de aquella nación.»

«Cultivamos la confianza y la amistad del emir del Afghanistan, pero la defensa de los preciosos intereses ingleses debe depender sobre todo de preparativos proyectados con gran cuidado y rápidamente ejecutados para poner á cubierto las fronteras.»

Hablando de la cuestión de Egipto, el marqués de Salisbury ha dicho que indicará solamente los puntos principales de las dificultades, propondrá los remedios necesarios cuando se haya decidido la marcha política que se deberá seguir definitivamente. Una vez decididas las resoluciones después de mucha reflexión, se deberán mantener hasta vencer al enemigo.

«Se debe considerar la fuerza del Egipto como un peligro, luego la cuestión militar es la más importante que se deberá decidir y después se buscará el medio de alejar la corriente de la barbarie fanática y sanguinaria para asegurar las fronteras eventuales del Egipto, á fin de que la civilización inglesa que deje en pos de sí, sea floreciente cuando su mano protectora se retire del Egipto.»

«Por otra parte, no podemos abandonar ciertas provincias á su suerte. Se debe estudiar qué comarcas han de quedar bajo la influencia del gobierno actual del Egipto y cuáles deberán permanecer bajo la autoridad militar.»

«Habrá que resolver la cuestión de Hacienda. Nada se puede hacer sin salir de las dificultades de la Hacienda que se deben resolver por medio de economías, después de sentar un balance general de las deudas.»

«Entonces solamente se tratará de la cuestión de relaciones internacionales con las demás naciones.»

Dice que necesita algún tiempo para estudiar todas aquellas cuestiones.

Lord Carnarvon ha explicado la marcha política que seguirá en Irlanda.

El gobierno ha resuelto pedir que se pongan otra vez en vigor las leyes excepcionales y que se haga un llamamiento á la cordura y

á mejores sentimientos del pueblo de Irlanda. Espera que el proyecto de ley relativo al rescate de las tierras y la ley relativa á los obreros se aprobarán en esta legislatura.

CARLOS MALAGARRIGA.

FOLK-LORE

SUPERSTICIONES POPULARES

518.—Pisar la sal es pecado (345, 374) (a).

519.—Es malo para un vendedor, dar fiado lo primero que venda en el día.

520.—Canciones para hacer que el caracol saque los cuernos:

Caracol, caracol,
saca los cuernos al sol,
que te viene á matar
un cuchillo de la mar (?)

Caracol, caracol,
saca los cuernos y verás el sol,
que tu padre y tu madre
también los sacó (b).

521.—Para que los gatos tomen cariño á la casa y no se vayan de ella se les arranca algunos pelos del rabo que se envuelven en una bolita de queso y se les da á comer (Avila) (c).

522.—El novio que tiene pelo de su novia puede hacerla el daño que quiera (d).

523.—Beber agua donde antes la ha bebido una salamanquesa, hace caer el cabello.

524.—Cuando se mata una lagartija, el rabo está insultando á la madre de su matador; para que deje de hacerlo basta echarle encima un salivazo. (e).

(a) Ya hemos visto en el curso de esta publicación el carácter supersticioso de la sal. Es preservativo contra los malos espíritus, y esta propiedad que la caracteriza en Francia, Italia, Portugal, España, Alemania y Rusia, la distingue también en Inglaterra, donde aparece asimismo como remedio de heridas y enfermedades. «Salt—dice Black en su *Folk. Medicine*, pag. 131—was in vogue on account of its own celebrity; for, apart from the fact that salt, or salt and water was applied anciently for distempered eyes, and used as a bandage for bites of mad dogs, salt was, as every reader of tales and ballads, knows, a favourite way of procuring disenchantment.»—Los pescadores de Coldstream impregnan en sal sus redes, y arrojan al agua puñados de esa sustancia con el fin de cegar á los espíritus maléficos que habitan el fondo del río, y evitar así que estos prevengan á los peces para que no piquen el anzuelo. (*Folk-Lore Journal*, II, 209)—En el Japón, según Miss Bird. (*Unbeaten Tracks in Japan*, I, 382), cuando hay un muerto en una casa se desparraman en el umbral algunos puñados de sal para alejar los malos espíritus que rondan cerca del cadáver. En Gascuña, tres granos de sal bastan para conjurar una tormenta, considerada ésta como producida por las potencias infernales (Bladé, *Poesies populaires de la Gascogne*, I, 43).

(b) La canción para hacer que el caracol saque sus cuernos, se encuentra extendida en la tradición europea. El *Archivio per lo studio delle Tradizioni Popolari* en sus tomos I y II ha dado á luz diversos trabajos sobre este curioso asunto de la poesía infantil popular, insertando versiones francesas, alemanas, inglesas, escocesas, chinas, rumenianas y rusas. El Sr. Martinengo termina su curioso estudio con las siguientes palabras: «Non sarebbe la canzone del la lumaca una reliquia di qualche antica credenza. E se così è, non possiamo noi immaginare quale fosse il suo originale significato? La risposta non è facile; pure a me sembra che il ripetuto invito á venir fuori e apperire, l'allusione al mattino nel testo inglese, l'allusione in alcune versioni ad una nascita, ed inoltre ad una morte, quella della madre, possono con probabilità indicare l'identificazione della canzone della lumaca come un vestigio dell'antico culto all'aurora, la quale manifesta se stessa nel mattino, e la cui madre, la notte, muore nel darle nascita» (II, 598).

(c) En Escocia se les encierra dentro de un horno frío y se les tiene allí algún tiempo.

(d) Esta superstición es una de tantas que van unidas al cabello humano y que, por sí solas, constituyen uno de los capítulos más interesantes y dignos de estudio de lo maravilloso popular. En todos los pueblos, así en los salvajes, como en los bárbaros, como en los civilizados, el cabello de una persona es algo así como ella misma. Todavía hoy en el seno de nuestras sociedades católicas, cuando alguna mujer hace un voto por conseguir cosa que la importa mucho, ofrece á la Virgen ó á cualquier santo de su devoción el sacrificio de su cabellera. Las que se consagran á Dios, se desprenden de él también en el momento más solemne en que, despidiéndose para siempre del mundo, se unen eternamente á los altares. Mucho antes que los sacerdotes católicos admitiesen la tonsura la practicaban ya los moros, según Herodoto y los budistas. Tylor, en su excelente *Primitive culture*, nos habla del sacrificio de la cabellera significando el sacrificio propio de la persona, y lo mismo dicen Hebert Spencer en sus *Dates of Sociology* y Black en la *Folk Medicine* al hablar de los pozos sagrados (*holly wells*). En este orden de ideas, el cabello de la persona á quien quiere hacerse algún daño es ingrediente indispensable en todo sortilegio; de aquí que el que posea cabellos de otro puede causarle el mal que quiera.

(e) El pueblo busca una explicación al fenómeno reflejo que observa en la lagartija partida en dos pedazos y que, sin embargo, da todavía muestras de vitalidad, y le achaca á sujeciones del mal espíritu, á quien hace responsable de todo aquello que no entiende. Sólo así se explica que recomiende el esputo para acabar de dar muerte al pobre animalillo. La saliva, como se sabe, es remedio eficazísimo contra las sujeciones del demonio y las torpezas de la hechicería. En Inglaterra, cuando se alaba alguna cosa, debe escupirse al suelo para no hacerla mal de ojo; en todos los pueblos cultos escupir hacia el lado de una persona es insulto que no tiene sa-

525.—En una peña blanca que hay á la vista de Gijón, acuden á bailar los brujos siempre que llueve y hace sol al mismo tiempo (f).

526.—Cuando una persona muere su alma sale por las narices, que es el único sentido con que no ha podido pecar.

527.—Cuando se ve un entierro yendo en ayunas, buen agüero.

528.—La moza que pasa por debajo de una escalera no se casa.

529.—El que se encuentra en la calle un botón negro no debe bajarse á cogerlo, porque atrae la mala suerte (g).

530.—Los gatos son animales del demonio. || Los demonios tienen gusto en presentarse á los hombres en esa forma. || Todos los gatos tienen en la cabeza hasta siete pelos del diablo (h).

531.—Se quita el hipo bebiendo un poco de agua en un vaso sobre el cual se haya hecho antes la señal de la cruz.

532.—Si el día de la Ascensión llueve, llueve también en los cuarenta días siguientes: || Copl. pop.

Si llueve el día
de la Ascensión,

tisfacción sino con la muerte del ofensor. Kinaham en sus *Notes on Irish Folk-lore*, pág. 102, se expresa así á propósito del esputo:

«In West Galway and other wild places a new-born child or beast when first seen must be spit on, especially if it is being praised, otherwise the praise will bring bad luck. The first money received in the morning must be spit on for luck. Hucksters spit on the first money they receive in the morning. On animal that has been sick must be spit on the moment it shows signs of being better. Once I went into a house where a cow was sick of dry murrain; they were giving it medicine and I was asked to help; I did so, and the moment the medicine acted a lot of old women spat at the animal; unfortunately just as they did so the cow shot round and I received their blessing instead of the cow. In West Cork I have known people to spit on the ground before persons whom they want to have bad luck. If two persons wash their hands in the same water they must spit in it as otherwise they will fight.»

(f) En la nota á la superstición 247 de esta colección citamos ya algunas concordancias extranjeras. El sol y la lluvia disputándose á un mismo tiempo el espacio, dan al pueblo ideas de brujas y demonios. En España es que se peinan las brujas; en Francia, que el demonio está pegando á su mujer; en Portugal se dice: *Quando faz sol e chove, estão as bruxas a pular se em Campo Maior*. Es curioso ver una idea semejante en pueblos salvajes y separados de nosotros por barreras infranqueables de tiempo y de distancia. Según Albert Reville en su *Religions des peuples non civilisés*, II, 1833, en la mitología finlandesa, Akka, esposa de Ouko, es una diosa que se complacía en llevar la contraria á un marido; cuando éste quería desplegar su azul, ella enviaba de todas partes lluvias y nubes. «Il est inutile—añade el sabio francés—de relever l'analogie qui rapproche cette idée finnoise de notre vieux dicton populaire—«Le diable bat sa femme»—usité quand la pluie tombe en même temps que le soleil brille.»

(g) El negro, como color de la noche, es un emblema demoníaco, y por fuerza ha de traer la mala suerte, como oposición á la luz, al sol, al día. En todas las religiones que descansan sobre el dualismo los genios, los espíritus benéficos aparecen siempre envueltos en una aureola luminosa, mientras los espíritus del mal sólo se presentan amparándose en las sombras. Ángel de las tinieblas llaman los cristianos á Satanás. En los cuentos populares la hechicera es generalmente una negra, la heroína es rubia y blanca como un ángel; en los relatos de sucesos milagrosos, los seres humanos á quienes hiera la cólera de Dios se vuelven negros al morir, cuando su alma va al infierno. *El niño negro*, que se ve todavía en uno de los pasos de la procesión del Jueves Santo en Toledo, era un niño blanco y hermoso; pero un día levantó la mano á su madre, y en el instante cambió el color de su cuerpo y allí quedó para escarmiento de otros niños.—Muchas veces, un gato negro, una gallina negra un perro negro, dan la suerte; pero en estos casos son presente del demonio y hay que desconfiar de la buena fe con que el eterno condenado los ofrece. V. Black, ob. cit., página 115 y siguientes para el color negro en general y su influencia particular sobre la medicina.

(h) Considerado el gato como animal favorito de las brujas, no es difícil explicarse su significación demoníaca; muchas veces las hechiceras toman esa forma, como en el cuento popular de *El gato negro*, recogido por mí en Madrid; en otro cuento que pertenece al ciclo de San Pedro y que se cuenta en Asturias y otros puntos de España; Jesús trasforma en gatos á los habitantes de una casa que quisieron burlarse de él. Gubernatis en su *Zoological Mythology*, II, cap. VII, trae una extensa disertación sobre el gato como apariencia que á menudo toma el demonio, y en ella inserta supersticiones alemanas, inglesas, italianas, etc., etc. Sebillot en sus *Traditions et superstitions populaires*, II, 39, trae un precioso estudio sobre *Les chats sorciers*. Todos los autores que se ocupan en la tradición popular hacen notar este carácter con que siempre se presenta el animal, así en la superstición como en el cuento y la leyenda. En Durham se cree que los gatos que nacen en el mes de Mayo expían á los niños pequeños que duermen en la cuna y apenas se les presenta ocasión hábil, les roban el aliento (*Folk-lore Record* II, 205). Los marineros ingleses creen que ahogar á un gato al principio de una navegación, es el mejor medio de atraerse un viento favorable (*Folk-lore Record* III, p. 2-291). En Block Island (Estados Unidos), cuando se quiere provocar una gran calma que impida la salida de un buque, basta meter un gato debajo de un barril y tenerlo allí expuesto á ahogarse; hasta que el animal no salga de su encierro no se levantará la menor brisa.

cuarenta días seguidos son.

533.—Para que no se *alunen* las personas deben llevar suspendida del cuello una avellana vacía (i).

534.—El que se encuentra en la calle un ochavo será pobre toda su vida.

535.—Es sabido que un espejo que se rompe anuncia una desgracia que se acerca. Conviene tirar cuanto antes los pedazos, pues mientras se tengan en la casa se está expuesto á la desgracia que vaticina.

536.—Es malo dejar en el suelo una luz encendida porque acontecen desgracias.

537.—Es malo tirar al suelo los dientes de leche cuando se les caen á los niños. En la provincia de Soria se clavan en las puertas ó los esconden en cualquier sitio donde se pudran, y del que ellos no deben olvidarse (j).

538.—No se debe descolgar cuadros de las paredes, porque acontecen desgracias.

539.—Traer pájaros viniendo de camino es mal agüero.

540.—Hay lagartos que tienen dos colas: dejándolos en la arena trazan con ellas números que salen premiados en el sorteo de la lotería.

541.—Los huesos de muerto machacados, hechos polvo y dados á beber, curan las fiebres (l).

542.—La Vía Láctea es un camino que va á Santiago (Galicia), y por él deben pasar las almas de los muertos que hacen su romería al sepulcro del Apóstol, pues ya se sabe que todos, en esta vida ó en la otra, tenemos que ir á visitarle. || Trad. pop. Dícese, á propósito de esto, que un día se quejó Santiago al Señor de lo escondido que estaba el lugar de su tumba, y Dios, para contentarle, porque le quería mucho, le dijo:—No tengas cuidado, que todos los humanos irán á inclinarse ante ella, y el que no vaya en vida irá en espíritu después que se haya muerto.—De aquí que ninguno pueda eludirse de la peregrinación.

543.—La Vía Láctea es un camino que une á Santiago y Roma, las dos ciudades predilectas del catolicismo.

544.—La Vía Láctea es el camino por donde vienen los Reyes Magos la víspera de su día á traer regalos á los niños que han sido buenos en el año.

545.—Si una recién-parida tira los huesos de la primer gallina de que toma caldo, se la retira la leche.

546.—Es malo dejar en un vaso leche de mujer que cría, pues si cae en ella una araña, se queda sin leche la mujer.

547.—No se debe tirar á cualquier parte la placenta después del parto, pues si se la come algún animal, sacará el niño todas las malas cualidades de éste. || He oído contar un caso en que, por olvido, no se recogió la placenta y se la comió un gato, y cuando creció el niño fué ladrón, á pesar de que ninguna persona de su familia había tenido nunca tan fea inclinación (m).

548.—El arco-iris va á beber á las fuentes y los arroyos. || Copl. pop. en Asturias:

Quando la perdiz canta
y el arco bebe,
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

549.—En Asturias se llama simplemente *el arco*. || Cuando *el arco* está puesto no cae ninguna exhalación hacia la parte donde está. (n).

(i) Ya se ha visto más arriba el carácter maravilloso de la avellana.

(j) Esto responde á otra superstición ya citada según la cual el día del juicio hemos de venir á la tierra todos los nacidos á buscar las muelas y dientes que en ellas hayamos dejado. Nada más natural para hacer menos difícil la tarea que ocultarlos en sitio designado con anterioridad.

(l) En Australia, según Letourneau (*La Sociologie, apré l'Ethnologie*, pág. 208), se quemaban los cadáveres de los ancianos y se recogían cuidadosamente los huesos calcinados para hacer con ellos amuletos protectores contra la enfermedad.

(m) Lo mismo se cree en Sicilia: «La placenta si getta á mare ó in luoco immondo curandosi che non ne mangino i cani. Pitre, *Usi natalizi, nuziali e funebri del popolo siciliano*, pág. 27.»

(n) El arco iris ha sido objeto de grandes supersticiones para todos los pueblos y razas. En los más opuestos encuéntrase grandes analogías y concordancias, como si en todos hubiera hecho nacer las mismas ideas esa franja luminosa que, como testimonio de calma y paz, aparece después de la tormenta, cuando ya los demonios de la tempestad han pasado y el dios hermoso de la luz brilla esplendente y sin rival en el azul indefinido del espacio. *Melusine*, en su tomo II, en publicación actualmente, ha emprendido una amplia información sobre este fenómeno meteorológico, y en sus columnas 10, 37, 70, 108 y 401, inserta numerosas comunicaciones, que le han sido dirigidas de diversos puntos

550.—El que tiene un orzuelo y se lo quiera quitar, debe pasarse un dedo por él y decir, mirando fijamente á cualquier persona que esté cerca de él, pero sin que ésta advierta lo que está haciendo.

*Arzuelin te hecho
al ojo derecho;
mírame bien
que á tí te lo hecho.*

Y el orzuelo se pasa á la persona á quien se envía.

551.—Cuando dos novios han reñido, si la novia quiere que él vuelva, debe cojer una vela de esperma y clavar en ella alfileres en forma de cruz, encendiéndola después y teniéndola encendida durante tres noches consecutivas. Al mismo tiempo dirá una oración. A la tercera noche vuelve el ingrato tan rendido como antes de la riña (o).

552.—Encontrarse un alfiler en la calle y recogerle, mala fortuna.

553.—Soñar con un militar, esperanza vana. || Con uvas, disgusto. || Con un casamiento, suerte desgraciada. || Si se sube en sueños una escalera, es buen agüero; si se baja, mal presagio.

554.—Cuando una mujer nota que su esposo está distraído y cree que tiene fuera de casa algo que le llame la atención, debe ponerle bajo la almohada unas tijeras abiertas en forma de cruz, de modo que duerma sobre ellas, y volverá á estar amable con su esposa.

555.—Para que un hombre odie á una mujer se quema á su vista una suela de zapato de la mujer que se le quiera hacer aborrecible.

L. GINER ARIVAU.

LA ESPADA Y LA MANO

(Reflexiones sobre el reciente duelo de los señores Chapuis y Dekeirel.)

El tribunal de Donai, departamento francés del Norte, acaba de fallar un proceso con motivo del duelo verificado en Dunkerque, entre Mr. Dekeirel, comerciante, y el teniente de infantería Mr. Chapuis. Este fallo ha tenido resonancia en toda Europa, por la jurisprudencia que los jueces de una nación como la Francia ha venido á establecer en la práctica de los desafíos, jurisprudencia que resuelve, de una manera clara y terminante, el debate sostenido desde muy antiguo entre los esgrimistas y los tratadistas del duelo, sobre si en el combate á espada los adversarios pueden servirse de la mano izquierda.

Yo tengo opinión particular acerca de este punto y se halla consignada en mi trabajo titulado *El Duelo, sus leyes, naturaleza y prácticas*. (Opúsculo en 4.º, París, 1875.) Esta opinión, que entonces se publicó sin que nadie la contradijera, ha sido precisamente la que diez años más tarde ha prevalecido, á pesar de oponerse á pareceres tan competentes como los de La Forge, Tavernier y algunos otros.

Mientras no varíe acerca del duelo la manera de ser de las modernas sociedades, mientras la ley no sufra en tal materia reformas esenciales, y en tanto que el criterio de tantos talentos ilustres y la impunidad de tales luchas y el concepto moral que merecen no hayan desaparecido enteramente los desafíos, retos y duelos, seguirán siendo una práctica necesaria entre las gentes de honor, cuando la deficiencia de las leyes penales ó la gravedad de ciertas ofensas aparten á los hombres bien nacidos de los trámites legales y les arrastren á imponerse la pena de muerte por los hidalgos trámites del desafío.

No pretendo hacer de este escrito un estudio jurídico-social del duelo; pero he de consignar que en el estado actual de la cultura humana corresponde exclamar como Mr. Guizot exclamaba en la Cámara francesa: «Hay ciertos intereses y sentimientos en el hombre, que sólo el duelo puede proteger».

del globo. Nada más curioso que esta inmensa reunión de materiales en que se ponen á contribución las creencias de todos los pueblos, desde el más elevado en la escala de la civilización, al que ocupa el último lugar en ella, y con gusto daría un extracto de esas opiniones; pero me falta espacio para hacerlo, y remito á mis lectores á la ilustrada revista francesa.

(o) Para lo referente al alfiler como casamentero, véase mi *Leyenda del alfiler*, tantas veces citada en el curso de esta publicación. (Superstición 500 y su nota.)

Y para los que tengan esta autoridad por hija de petulancia francesa é impropio de nuestras costumbres, invocaré el testimonio del ilustre jurisconsulto español D. Cirilo Álvarez, lumbrera del foro y honra de la más alta magistratura, el cual, con la severidad propia de su estilo y el prestigio de su sabiduría profunda, ha declarado en sus obras:

1.º Que el duelo fué siempre un progreso en los días de su aparición.

2.º Que el duelo descansa en un sentimiento de dignidad individual, más poderoso que las leyes represivas.

3.º Que el duelo es muchas veces el desagravio posible y legítimo de cierto género de ultrajes que el honor no permite perdonar y en cuya reparación las leyes se mostrarían absurdas é impotentes.

4.º Que el duelo, en nuestra edad, es un progreso moral que defiende á las sociedades y á las costumbres, contra una civilización egoísta que contribuye á impedir la completa degradación del género humano en este siglo sin grandes virtudes y vacilante en sus creencias.

Mientras el duelo sea todo esto y se halle aclimatado en la sociedad moderna y tenga tan profundas raíces en nuestras costumbres y sea considerado con tal esencial disparidad de criterios en las legislaciones de los diversos pueblos, será indudablemente hacer obra de humanidad y de justicia contribuir al establecimiento de las mejores y más equitativas reglas para su ejecución.

A esto contribuye, aunque en pequeña parte, el determinar con razones sólidas y convincentes, si en el duelo á espada puede un combatiente servirse de la mano izquierda.

En el lance que ha promovido esta discusión, uno de los adversarios hizo uso de ella.

Según los datos que tenemos del hecho, el teniente Chapuis tiró una estocada á fondo á su contrario, exclamando: ¡*tocado!*

Esto ya era una irregularidad.

En el combate al arma blanca es obligatorio en los combatientes el más absoluto silencio.

Sólo el que se siente herido, aunque sea levisimamente, puede decir: ¡*tocado!*

En el caso de que se trata, Mr. Dekeirel desmintió á su adversario.

Entonces Mr. Chapuis repuso:

—Pues será que lleváis cota de malla.

Mr. Dekeirel fué registrado por los testigos de ambas partes y se vió que la imputación era falsa.

Vueltos á la guardia los combatientes, después de cambiar algunas cintas, oposiciones y contras, Mr. Chapuis partió nuevamente á fondo; pero Mr. Dekeirel se sirvió de la mano izquierda para que la estocada no le alcanzara, y mientras tanto, con la diestra clavaba su espada en el pecho de su adversario.

—¡*Tocado!*—exclamó Dekeirel.

—Si;—contestó Chapuis—mientras caía moribundo; pero habéis cogido mi espada con la mano, y esto en duelo es un asesinato.

El herido murió y los padrinos de una y otra parte levantaron un acta de los hechos que fué entregada al juez de instrucción de Dunkerque.

Los incidentes del proceso han despertado vivamente la atención pública; se han oído los testimonios de todos los hombres competentes por la práctica; se han consultado las opiniones de cuantos han escrito sobre el duelo; el fiscal, el acusador privado y el defensor de Dekeirel han aducido todos los argumentos y razones de los dos criterios opuestos sobre este asunto. El tribunal de Donai ha venido por último á decir la postrer palabra, absolviendo libremente al matador, sin mancha alguna de felonía y declarando por este sólo hecho que, en el combate á espada, puede hacerse uso de la mano izquierda.

Así era lógico que sucediese.

Esta es la opinión consignada hace diez años en el trabajo que he mencionado antes y esto es lo que debe prevalecer, atendiendo no sólo la naturaleza de la esgrima de la espada y sus antecedentes, sino hasta á los funda-

mentos mismos en que se apoyan los defensores de la doctrina contraria, y concordando unos con otros los preceptos de los *Códigos* del duelo que se han consultado para este caso.

Pero entiendo también que así como en tesis general debe sentarse que es lícito servirse de la mano izquierda, también debe establecerse muy terminantemente el modo cómo puede usarse de ella. Hay que distinguir entre el simple acto de *desviar* la punta de la espada enemiga ó el acto de *coger* la hoja.

El primer caso es una defensa legítima y racional. El segundo es una felonía; si produce la muerte es un asesinato.

Si Mr. Dekeirel no hizo más que *desviar* con la mano izquierda la estocada que le asió Mr. Chapuis, los tribunales franceses han absuelto justa y equitativamente al matador. Si *cogió* la espada del muerto, han dejado impune á un asesino.

Hacer lo último es una verdadera deslealtad que ha de castigarse duramente; pero lo primero no es censurable mientras no se haya prohibido expresamente por los padrinos ó testigos de un duelo.

En el lance de que se trata, la acusación fiscal y la privada han equiparado la muerte del teniente Chapuis á un homicidio común, al paso que el abogado de Mr. Dekeirel ha sostenido que éste no cometió alevosía sirviéndose de la mano izquierda para separar el arma de su contrario y que, por lo tanto, no desnaturalizó con su conducta las leyes del duelo á espada.

No tengo noticia de los argumentos que se emplearon para la defensa, pero las autoridades en que se apoyaron los acusadores me son conocidas y no veo en ellas fundamento alguno que no pueda rebatirse victoriosamente.

Para las gentes que son poco expertas en materias de duelo, hace gran fuerza el testimonio de Mr. Paul de Cassagnac; pero para los que tenemos alguna experiencia en estas cosas y que conocemos los antecedentes de aquel periodista y sus recursos de esgrima, su apreciación es para nosotros una razón de bien escasa monta. Con motivo del duelo Chapuis-Dekeirel fué consultado para hacer valer su criterio ante el tribunal que ha fallado la causa y precisamente la sentencia ha sido contraria al parecer del célebre duelista. Decía en su declaración escrita que *el uso de la mano izquierda no puede ser inocente* y además sentaba el duelo en que aquella se emplea, *no es un combate, sino un asesinato*.

¿En qué se funda Paul de Cassagnac para afirmar todo esto? En nada serio.

Tengo á la vista las actas y demás antecedentes del célebre duelo De Massas-Dichard, que tuvo lugar en Nogent (Oise) el día 3 de Setiembre de 1882, en el cual falleció Mr. De Massas é intervino, firmando una de las actas *a priori*, Mr. de Cassagnac. En aquel lance, el matador Mr. Dichard fué herido gravemente en la mano izquierda, lo cual demuestra que tocó con ella la espada de su adversario. ¿Tachó entonces de asesinato Mr. de Cassagnac el acto de Mr. Dichard? No. Ni dijo ni publicó una sola censura á este respecto. Sin embargo, el hecho debía ser tan condenable entonces como ahora; debía ser alevoso en 1882 como en 1885; en una palabra, Mr. Paul de Cassagnac debiera haber considerado tan asesino á Dichard como á Dekeirel. No lo ha hecho; él sabrá por qué.

Por lo que á mí toca, poco creo en el sentimiento de equidad que pueda tener aquel bullicioso escritor bonapartista. Hay hechos en su vida que no me permiten hacer alusiones sobre el particular. Y para que no se juzgue que estas son apreciaciones mías, hijas de un mero capricho, invoco el testimonio de su conducta en el duelo Pons-San Malato, en el cual fué designado Cassagnac por director del combate.

El maestro de armas francés Pons, demostrando sobre el terreno la misma corrección que en la sala de armas, pudo conseguir, no sin trabajo, y después de bastante tiempo, que su adversario, el barón de San Malato, *rompiese* poco á poco más de treinta metros de te-

rreno, hasta acorralarlo contra la verja del pesadero del hipódromo de Vesinet, en donde se verificaba el lance.

¿Qué hacer entonces? ¿Interrumpir el duelo? ¿Continuarlo?

Mr. Paul de Cassagnac resolvió la dificultad de plano y sin vacilaciones, obligando á Pons á que restituyese á su adversario todo el terreno que había conquistado. Esto fué una iniquidad que subleva la conciencia.

No me consta, ni quiero saber si el director de aquel combate procedió de buena ó de mala fe. No sé sino que cometió una monstruosidad opuesta á toda idea de justicia y de equidad. Al día siguiente todos los inteligentes y á su cabeza el diario de Edmundo Abont *L'Événement*, reprobaban tal conducta. Más tarde, el concienzudo Tavernier, recordando aquel suceso, ha dicho en *L'Arte du Duel*:

«¿Cómo! He aquí un hombre como Pons, un anciano, casi sexagenario, un cojo, sufriendo siempre á causa de su pierna rota, que logra ganar terreno á riesgo de su vida, puesto que cada paso adelante es un peligro; que á fuerza de prudencia, de audacia y de valor consigue que su enemigo retroceda sin cesar; que llega á acorralarlo, él, el cojo, el anciano, y cuando va á recoger por fin el fruto de sus esfuerzos, de su tenacidad y de su maestría, ¿venís á anunciarle tranquilamente que hay que principiar de nuevo?»

Esta decisión, inspirada evidentemente por un sentimiento particular de humanidad (!), ¿no fué por ventura una iniquidad?»

Para mí no tiene duda la respuesta. Y á mi entender, el hombre que aplica tan inicuo criterio en un duelo y que no acusa en 1882 á un combatiente por hacer uso de la mano izquierda, no tiene derecho á tachar de asesino al que también la usa en otro lance tres años más tarde.

El testimonio de Mr. Anatole de la Forge, que tampoco admite el uso de la mano izquierda, ya es esencialmente distinto del de monsieur Cassagnac. ¿Cuánta diferencia se nota entre las cartas de uno y otro, tanto en la cultura de la forma como en la seriedad de los argumentos!

Cassagnac, afirma ó injuria porque sí.

De la Forge respeta al tribunal y al procesado y alega las autoridades en que funda su criterio.

Pero ni aun así ha podido demostrarse la felonía que se imputaba á Dekeirel.

Dice Mr. de la Forge que no admite la parada con la mano; está en su derecho. Afirma que no sería justo se sirviera de ambas manos, mientras el otro sólo se sirviera de una; pero esta no es razón desde que no se trata de desigualar las condiciones, sino de igualarlas, permitiendo la parada con la izquierda á entrambos combatientes. Declara que en ningún lance ha querido admitir las paradas con la mano; es laudable esta determinación, porque una vez establecida en las condiciones de un duelo á espada, evita accidentes como el de que se trata. Añade que no debe admitirse la parada con la mano, según ordenan los *Códigos* del duelo del conde de Chateau-Villard y del marqués Hallay-Cœtquen, y termina diciendo que hay necesidad de proscribir en absoluto aquel recurso, porque podría suceder que *instintivamente se cogiese la espada del adversario, haciendo poco leal el duelo*.

Como se ve, las palabras de Mr. de la Forge no desvirtúan la opinión que he consignado en el anterior artículo.

Se muestra partidario de que se destierre en absoluto la parada con la mano, para evitar movimientos instintivos, y esto demuestra que tal parada tiene lugar y es admitida, mientras no se establece cosa en contra, de lo cual se deduce que no es deslealtad tal movimiento y que se halla en la índole del duelo á espada. Y cuando este autorizado y respetable testimonio concluye su carta censurando el uso de la mano izquierda, no dice, como Cassagnac, que aquel que se sirve de ella (sin distinguir el modo) es un asesino; lo más que hace es calificar de *poca lealtad*, el acto reprochable de *coger* la espada del contrario. Pero el

hecho de *desviar* el arma del enemigo, no es calificado por Mr. de la Forge.

Como los acusadores de Dekeirel han invocado el *Código del duelo* de Chateau-Villard y el de Hallay-Cœtquen y además la opinión de Mr. Adolfo Tavernier, se hace preciso transcribir unos y otra en lo que al asunto se refieren.

Tanto el *Código* del marqués Hallay-Cœtquen como el *Nuevo Código* del conde Du Verger de Saint Thomas (que en esta cuestión no ha sido invocado), están calcados sobre el que redactó el conde de Chateau-Villard, autoridad suprema en la materia. Basta, pues, conocer las disposiciones de éste para saber á qué atenerse. Hélas aquí:

«Artículo 10 del cap. IV.—Tratándose de la espada, los testigos *del ofendido* pueden pedir que el acero no sea separado con la izquierda.

»Art. 14 del Cap. V.—En todo duelo á espada y para evitar que uno de los combatientes pueda separar con la mano izquierda de la punta de su adversario, está prohibido parar con esta mano, á menos de convenio en contra.

»Art. 15 del cap. V.—Si uno de los combatientes separa el hierro de su adversario con la mano izquierda, sin que se haya hecho expresamente este convenio, el testigo de la parte perjudicada puede pedir que la mano del inadvertido sea atada de manera que no pueda volver á hacerlo.»

En cuanto á la opinión de Tavernier sobre la materia, debe leerse lo que dice en su magnífico *Arte del duelo* y que es como sigue:

«¿Puede en un duelo desviarse el hierro con la mano izquierda? A pesar de la opinión contraria de muchos esgrimistas distinguidos, no vacilamos en contestar ¡No!

»La verdadera causa de la prohibición de la parada con la mano izquierda consiste en que, en la práctica, es á menudo muy difícil juzgar y apreciar si el hierro ha sido simplemente separado ó si ha sido realmente cogido.

En este último caso, el adversario cuya espada ha sido sujeta, está desarmado y se encuentra á merced de su enemigo.

»Este acto, consciente ó inconsciente, que origina un asesinato ó cuando menos un homicidio por imprudencia, según nosotros no puede ser siempre previsto, notado é impedido por los testigos.

»Esto basta, á nuestro juicio, para proscribir de un modo absoluto en materia de duelo el desvío del hierro con la mano izquierda.»

Hé aquí todas las autoridades en que se han apoyado los que querían hacer condenar á Mr. Dekeirel como asesino. Tales son los fundamentos que alegan los que condenan el uso de la mano izquierda en el duelo.

Exceptuando Paul de Cassagnac, ninguno tacha de deslealtad el acto de *apartar* la espada con la mano. Lo único que censuran es el hecho de *cogerla*.

Y sentados todos estos datos, puede probarse con todos ellos y con otros más, apuntados á continuación, que el duelo de que se trata el matador no ha faltado á las leyes del honor desviando con la mano izquierda la espada del teniente Chapuis.

Ante todo conviene fijarse en las prescripciones del *Código del Duelo*. Lo primero que resulta de su lectura es una contradicción. Establece en el capítulo 4.º (que trata de los *testigos y sus padrinos en general*), que los padrinos del ofendido «pueden pedir que el acero no sea separado con la mano izquierda». Esta sola declaración implica que no pueden pedir tal cosa los padrinos del ofensor, y por lo mismo desde que una parte tiene el derecho de pedir una cosa y otra carece de él, es porque tal cosa puede hacerse. Es decir, por tal prescripción resulta que los combatientes á espada tienen el derecho de separar la del contrario con la mano izquierda siempre que no se pida lo contrario, petición que pueden hacer tan solo los padrinos del ofendido. ¿Lo pidieron en el lance Chapuis-Dekeirel los padrinos del ofendido? No, porque entonces esta circunstancia se habría hecho constar en el acta *a priori* entre

las condiciones estipuladas, y faltar á ellas hubiera sido verdadera deslealtad.

Pero el mismo *Código del duelo* viene en su capítulo 5.º (que trata *del duelo á espada*), á contradecir lo que establece antes en el 4.º: es decir prohíbe parar con la izquierda á menos de convenio en contra. ¿Cómo resolver el conflicto en este caso? Entiendo que para ello deben ponerse de acuerdo ambos artículos opuestos, armonizándolos según la tendencia y criterio que los inspira.

Si primeramente reconoce el *Código* al combatiente la facultad de servirse de la mano izquierda, siempre que no se haya establecido lo contrario á petición de los padrinos del ofendido, es indudablemente porque considera que no se desnivelan las condiciones de los combatientes, pudiendo apelar entrambos á igual clase de parada, y tanto más lógico es este raciocinio, cuanto en el caso de infringirse la prohibición que más tarde establece, no califica de deslealtad este hecho, ni siquiera establece contra él censura alguna. Lo único que hace es asegurar nuevamente la igualdad de las condiciones, estableciendo que el padrino del que no se sirve de la mano izquierda, puede exigir que se ate la del combatiente que se ha servido de ella.

Además de la autoridad del *Código del duelo* y de la opinión apasionada y sin razonamientos de Mr. Paul de Cassagnac, se ha aducido ante el tribunal el parecer de Mr. Adolfo Tavernier, pero al copiar más arriba las palabras de este autor, hice ya notar que la principal razón de su parecer consiste en que es muy difícil juzgar si el hierro *ha sido simplemente separado* ó bien si *ha sido realmente cogido*. Si no existiera esa dificultad, este autorizado maestro nada tendría que decir contra el uso de la mano izquierda; de lo cual resulta que Tavernier lo que real y positivamente censura y proscribiera es el acto de coger la espada del contrario, pero no el desviarla.

Y finalmente; los acusadores de Mr. Dekeirel se fundan también en el parecer que antes he trascrito, de Mr. Anatole de la Forge. Este señor no hace más que referirse á los inconvenientes de la parada con la mano, haciendo ver (lo mismo que Tavernier), que puede dar origen al hecho de *coger* la espada enemiga, en vez de *desviarla*. Además, el propio Mr. De la Forge confiesa en su declaración escrita que á pesar de su criterio es cosa admitida en duelo el uso de la mano izquierda, puesto que establece la necesidad de que este uso sea proscrito, no por otra cosa más que por el peligro que se corre de que, empleando la mano izquierda, la espada sea *cogida* en vez de *tocada*.

Tales son las autoridades en que, con motivo del lance Chapuis Dekeirel, se han basado los que tienen por cosa improcedente y hasta criminal parar una estocada con la siniestra mano.

Al lado de estas opiniones en contra, existen otras tan respetables como ellas, en pro.

Los que piensan así, son precisamente la mayoría de los grandes esgrimistas de Europa. Son el intrépido Fery d'Esclands á quien el mismo De la Forge declara «muy competente en materia de esgrima, y buen juez en cuestiones de honor»; los señores Alfonso y Aldama, clasificados como *hojas* de primera fuerza en Francia; el célebre profesor Marignac, director de una de las primeras y más antiguas y más celebradas salas de armas de París; y con ellos sostienen lo mismo muchísimos maestros y conocedores, que aceptan por buena y leal la parada con la mano izquierda.

Entiendo que estos son los que se hallan en lo cierto y en lo justo, si se atiende á la naturaleza y exigencias del duelo, y si se considera el convencionalismo á que todavía está sujeto.

Empiezo por declarar que convendría desterrar de los combates á espada el empleo absoluto de la mano izquierda. Esto haría más sencilla la esgrima de arma, apartaría de la misma una contingencia más y, por lo mismo, otra dificultad entre las muchas que en sí tiene, y, sobre todo, imposibilitaría lo que

unánimemente censuramos: el acto de coger la espada del contrario. Pero mientras tal regla no sea admitida por todos los esgrimistas y no se sancione como ley absoluta y universal para todos los lances, no hay más que considerar potestativo el cumplirla ó no, siempre que no se haya estipulado y prescrito previamente nada en contra.

La razón es clara: No prohibiéndose expresamente y *a priori* la parada con la izquierda, las condiciones de los combatientes son enteramente idénticas: uno y otro pueden desviar las estocadas del contrario por iguales procedimientos y ninguno de ellos es víctima de una felonía que exponga su vida, con ventaja desigual y manifiesta.

Y hasta tengo por asunto muy discutible de quién sea la ventaja en el señalamiento, desarrollo y alcance de las estocadas, cuando uno de los adversarios emplea la siniestra mano en las paradas. Es cierto que éste, para defenderse, se vale de dos elementos de importancia; la mano y la espada propia, que atienden de consuno á desviar el hierro contrario, lo cual constituye indudablemente una ventaja. Pero procediendo de tal suerte se pierde en cambio otra, cual es la de la posición que exige una guardia correcta.

El esgrimista que conoce á fondo el juego de la espada, conservará siempre el hombro y costado izquierdos (la región del corazón) perfectamente ocultos y resguardados detrás del pecho, hombro y brazo derechos; siendo de notar que en la ejecución de la parada con la mano izquierda ha de descomponerse por fuerza la actitud perfilada de una buena guardia, presentando, más ó menos abiertamente, al contrario toda la amplitud del pecho. Esto lo reputo de mucho más peligro para el que lo hace que para el adversario que ve desviado uno de sus golpes. Esto último es fácil de enmendar y hasta castigar; la primera desventaja, es decir, la de descubrir el corazón, la reputo de más difícil enmienda.

Un ejemplo podrá demostrarlo prácticamente. Dos adversarios tienen ligadas sus armas en la línea exterior ó de sexta clase, cuando uno de ellos sorprende con viveza al contrario por medio de un *cupé* rápido, con finta en la línea interna al pecho. Turbado el otro por la rapidez del movimiento, baja la mano izquierda para la parada, desarregla su guardia, descubre el pecho y en tal situación se le burla la mano con el instantáneo *uno-dos* y á fondo. Difícilmente podrá esconderse entonces el corazón ante la punta que avanza sobre él como un rayo. Podría citar más casos, pero este basta para el fin propuesto.

Creo que con lo dicho se evidencia que el uso de la mano izquierda en el duelo á espada no es una felonía que desiguala las condiciones de los adversarios, siempre que, de común acuerdo, no se haya estipulado nada en contra. Tampoco entiendo que es una ventaja real aquel recurso, y, entrando en otro género de consideraciones, llego á afirmar que la parada de que se trata entra de todo en todo en la índole del duelo á espada.

Hay que hacerse cuenta de que un *combate* á esta arma en el terreno, dista mucho de ser un *asalto*. En la sala de armas hay que someterlo todo á las reglas, al convencionalismo y no descuidar en lo posible la esbeltez en las actitudes y la elegancia y soltura en los movimientos: todo ello es posible porque no va la vida en las estocadas y la victoria se cuenta por el número de los botonazos. Además, estos son buenos ó malos, según la manera de darlos y el lugar del cuerpo que alcanzan.

En el duelo pasa todo lo contrario. Sus reglas son tan distintas, que todas ellas se reducen á una sola: *tocar y no ser tocado*. El que olvide esto es muy posible que muera á manos de un tirador desgarbado, mientras él estudia el modo de enviar una estocada elegante á su matador. En un lance sobre el terreno todo se cuenta. Tan buena es la magnífica estocada recta que atraviesa el corazón, como la finta de *quinta* sobre el muslo que se desarrolla y resuelve en una *prima*, colándose por un ojo y clavándose en el cerebro. *Tocar y no ser*

tocado: esta es la suprema regla del duelo y á esto se encamina precisamente el recurso de la parada con la mano izquierda, á pesar de los peligros que tiene, á mi entender, para quien la usa.

Sobre este punto concreto he desarrollado más ampliamente mi opinión en el *Arte de ser padrino en duelo*, obra que tengo ya muy adelantada y que pienso dar al público dentro de pocos meses. Pero concretando este escrito al reciente lance de MM. Chapuis y Dekeirel, todo lo que llevo expuesto justifica la razón y la equidad del fallo de tribunal de Donai, absolviendo al último de dichos señores por haber muerto al teniente Chapuis haciendo uso de la mano izquierda en las paradas.

Sin embargo, no dejaré de recomendar á las personas que como padrinos intervengan en los duelos á arma blanca, que siempre, absolutamente, tengan la precaución de determinar en el acta previa del lance, que queda excluida en el combate la parada con la mano izquierda. Esto contribuirá á evitar complicaciones y percances fatales que está en la mano de los padrinos evitar, haciendo así menos cierta aquella máxima de Alfonso Karr que dice: *no son las puntas de las espadas, ni las balas de las pistolas las que matan, sino los testigos*.

Verdad innegable y desconsoladora en la mayor parte de los casos, pero sobre todo cuando se comete la frecuente y punible imprudencia de aceptar el cargo de padrino en un lance de honor personas que no tienen práctica del duelo, ni conocen sus leyes, ni saben como es debido el manejo de las armas.

LUIS RICARDO FORS

EL MEDALLÓN DE TOPACIOS

El joven abogado D. Rodrigo Pico de la Miranda- la entró en el gabinete fotográfico con el buen talante de que alardeaba siempre en el Retiro, en los salones, en el tiro de pichón y en el Club: con el talante de un buen mozo cansado de serlo.

El jefe del establecimiento le saludó con la exquisita cortesía de todos los fotógrafos, que siempre parece que saludan á los desconocidos clientes por segunda vez; preparó los bártulos, dió órdenes en idioma extranjero á un granuja espigado, que guardaba la entrada del cuarto oscuro, y éste desapareció en la sombra después de haber sido iluminada su silueta por una luz amarilla procedente del cristal de este color que cubría un rasgón que había en el muro.

Mientras tanto D. Rodrigo había adoptado distintas posturas gallardas, grotescas, de tenor de ópera, de honrado barítono cuando le toca hacer de padre noble, de galán joven con pretensiones de enamorar abonadas, y no encontrándose bien en ninguna de las maneras, acabó por sentarse en una silla con abatimiento.

El fotógrafo, sonriendo paternalmente, le cogió por la barba con la yema de los dedos; le hizo mirar al cielo, al felpudo que en los retratos imita el heno; á la derecha, donde están las cortinas azules que parecen trozos de cielo andaluz; á la izquierda, donde están las cortinas blancas, semejantes á girones de bruma; y, por fin, cuando escondida la oreja izquierda pareció que el rostro presentaba un perfil elegante, le mandó que se estuviese quieto, y trajo un trípode que sostenía largo bastón con una bola en la punta.

—Mire V. esta esfera y cuidado con moverse. Puede V. pestañear.

Y D. Rodrigo que se había estado con los ojos espantados mirando la bola, al recibir la orden comenzó á mover los párpados con tal prisa, que el fotógrafo, temiendo que se le rompieran los goznes, dijo con el tono amable que en ellos parece un *cliché*, porque no cambia:

—No tanto, señor, no tanto.

Y la *a* del tanto la pronunciaba de una manera que parecía *o*.

—¡Acabemos!—dijo D. Rodrigo algo amoscado.

Vino el granuja de antes con un marco de madera en la mano; funcionó la máquina y veinte segundos después amo y criado desaparecieron silenciosos

en la caverna, mientras D. Rodrigo conservaba su actitud artística, creyéndose todavía en funciones.

—Ha salido V. admirable—clamó desde el cuarto oscuro el fotógrafo.

—¡Cómo!—dijo el Sr. Pico de la Mirandola abandonando semi-avergonzado de su postura.

—Estoy sumamente contento de la negativa.

—Le advierto á V., señor fotógrafo, que yo no he negado nada.

—Habio del retrato del señor.

—¡Ah! ¿Y cuándo estarán las copias?

—Dentro de tres días.

—Imposible; lo necesito para mañana mismo.

—Estarán.

En el piso inferior pagó D. Rodrigo el importe y salió á la calle contento y dichoso de vivir.

La duquesa de Tornasol había dado orden á sus criados de no recibir más que á D. Rodrigo Pico de la Mirandola, y se tendió en una *chaise longue* enseñando unas lindas babuchas marroquíes bordadas de oro. Los púdicos pliegues de la bata, hecha de cachemir rosa con hermosísima greca de sedas de colores, no dejaron ver más, y á fe que hubiera valido la pena, porque la dama es proporcionada, sin grandes curvas y magnífica y deslumbradora de rostro.

Tenía... ¿pero para qué pintarla? Tenía todo lo que tienen las mujeres bonitas: que gustan y hacen perder la cabeza á los hombres.

¿Era rubia, morena, castaña, trigueña, bronceada ó pálida? Quién lo sabe; era maravillosa; una mezcla de todas las huries, sílfides, hadas, náyades, sirenas, musas, ninfas y diosas de la antigüedad clásica. Una mujer cuya vista hacía olvidar las novias á los estudiantes provincianos, los toros á un abonado del 2, el Congreso á un diputado rural y la esposa al marido cariñoso; una mujer como las ha habido en todos tiempos y en todas ocasiones para dar guerra á los hombres galantes y enamorados; un pecado tentador, bellísimo, lleno de encantos y en presencia del cual se hubiese estrellado la firme voluntad de los santos y ascetas.

¿No basta? Pues era la mujer más bonita que ha existido, dicho sea con perdón de la adorable lectora.

D. Rodrigo no se hizo esperar.

—¡Cree que no venías!—dijo la duquesa.

—Podías dudarlo, sabiendo que me aguardabas.

—Gracias, chico. ¿Traes eso?

—Sí, aquí está; he salido bien, ¿no es cierto? Y la presenté una tarjeta fotográfica.

—¡Oh! admirable, precioso... pero el original me gusta más.

—Sí, buena estás tú; anoche no le quitastes los gemelos al americano.

—¡El americano! ¡bah! Los hombres sois tontos.

—Nosotros somos tontos, pero vosotras las mujeres soy demasiado listas.

—Cuando una mujer quiere que un hombre se fije en ella, no le mira toda la noche.

—¿Entonces...?

—Entonces, yo miraba al americano como quien mira á un elefante blanco. Yo no quiero más que á tí, mimoso. Trae ese retrato, vas á ver lo que yo hago con él.

La duquesa alargó una mano, mano que tenía algo de azucena y de lirio; cogió la cartulina, sacó de un neceser unas tijeritas curvas y recortó la cabeza del retrato.

—¿Qué haces, María?

—Vas á verlo; no seas curioso.

María Tornasol abrió un precioso mueble antiguo con embutidos de nácar y oro, lleno de columnitas doradas y sobrepuestos de acero y veludillo rojo, y de uno de los innumerables cajoncitos sacó un medallón de vetusta forma, labrado con singular maestría y rodeado de un cerco de espléndidos topacios montados en plata.

—¡Dios mío, lo que voy á hacer es una locura; pero hace tanto tiempo que estoy loca por tí!—dijo la duquesa, y tras de una pausa besó con religiosidad profunda el medallón.

—¿Qué es ello? Sabes que no comprendo una palabra—exclamó D. Rodrigo acercándose á la bella duquesa, que se había quedado en pie muda, triste, silenciosa y, si no engañaba la vista, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué tienes?—le preguntó el abogado.

—Nada; iba á quitar el retrato de mi hijo para poner el tuyo, y me dió un no sé qué...

—No lo quites.

—Sí. Me causa frío el pensarlo, pero te quiero más que á él.

—¡Bendita seas!

—Esta joya era de mi abuela, y la quiero porque mi madre la quería, y cuando envié mi niño al colegio le hice retratar y coloqué en el medallón su imagen. ¡Estaba yo entonces tan lejos de que te había de adorar!

—Bueno, ¿y qué?

—Que me entristece el quitar á mi hijo, porque esta joya es el santuario de lo que yo idolatro; y quisiera, sin embargo, ponerte á tí por eso mismo.

—Ponnos á los dos; el niño no se enfadará por estar conmigo.

—Eso, nunca. Los dos no cabéis ahí...

—¿Qué dices?

—Que los dos, no. Pero... te pongo á tí.

—¿Y él?

—El estará dentro de poco en un marco que mandaré hacer.

—Yo te lo compraré; ya que le usurpo el puesto, justo es que le dé hospedaje.

—Mira, ya estás en el medallón; aunque no me quieras, aunque me abandones, aunque me desprecies, ¡aunque te cases! siempre estarás aquí. Te guardaré en él eternamente. Me enterrarán con este medallón.

—¡Ángel mío! ¡qué bien he hecho enamorándome de tí!

Y sucedió que la duquesa se fué á Biarritz, como tenía por costumbre en los veranos, y el abogado se fué á su pueblo á derribar vacas, á torear novillos y á contar á sus parientes y deudos las facilidades de la vida política y lo pronto que sería ministro ó cosa parecida si la suerte le ayudaba.

Con la ausencia, los amores se olvidaron; cosa natural, si se atiende á que las mujeres son de suyo vanidosas, mudables é inconstantes, y los hombres no paran mientes en las delicias de un amor que refresca sus ardores en el Cantábrico, mientras la causa productora se derrite bajo la influencia de cuarenta grados sobre cero en un pueblecito de Andalucía.

Como no faltan nunca embajadores de malas nuevas, alguien hubo de noticiar á la duquesa el próximo enlace de D. Rodrigo con una prima suya carnal, bien apersonada y muy recomendable en punto á dineros. Y como en todo movimiento y en toda idea puede haber una acción y una reacción, al propio tiempo que se hacía saber á la duquesa tan feroz martirio para sus amores, supo D. Rodrigo por carta fechada en Biarritz, que la duquesa coqueteaba demasiado en la playa con un gigante ruso que venía de agregado de la embajada de su país en Madrid.

El anónimo escritor era cruel en los detalles, «se bañan juntos, decía; ella hace planchas deliciosas y él nada como un pez y rompe las olas con gran facilidad.

Por la noche se les ve en la terraza del Casino, balanceándose suavemente en las mecedoras y mirando las estrellas fugaces, á las que piden á duo que su amor sea eterno. Son el escándalo de Biarritz, y espero que lo han de ser este invierno de Madrid.»

Resultado, que con esto, las cartas que habían languidecido entre los dos amantes, se hicieron menos frecuentes y acataron por no escribirse.

Esto ya era á fines de Setiembre, época en que todo madrileño hace en Biarritz su balance de pérdidas y ganancias, empaqueta las compras y se vuelve á Madrid. Así lo hizo la duquesa, y tras ella el séquito de enamorados que la acompañaba á todas partes, y no eran pocos.

Don Rodrigo abandonó el pueblo después de haber ultimado un sablazo familiar y prometido á los amigos y parientes que para la próxima crisis que se esperaba en otoño le harían diputado.

Una vez en Madrid, comenzó su vida de galán afortunado mujeriego, y como no hay más que contados sitios en donde aguardar el paso de las damas sensibles, á saber, á las nueve de la mañana en las Calatravas ó en cualquier otra iglesia de moda; á las tres de la tarde en Lhardy, atracándose de pasteles; á las cinco en el Retiro repartiendo sonrisas y esperanzas, y á las diez en el Real, D. Rodrigo no tardó en tropezarse con su María á la que encontró hermosa y distinguida como siempre, y fría como él no pudo esperar.

Comenzó D. Rodrigo la conquista de nuevo, y la

duquesa á hacerse la desdenosa y cruel con el abogado, mientras se hacía de mieles, cuando el ruso, el gigante, el pez en Biarritz la dirigía los gemelos.

D. Rodrigo, comprendiendo que el expediente de las miradas y perseguimientos no producía gran cosa, decidióse á apelar á la poesía. Al efecto, encargó á un su amigo dos sonetos sentimentales y los envió á su antigua amante.

..

Había función en el Real, y el Madrid elegante llenaba las localidades del regio coliseo; D. Rodrigo estaba en su butaca, el ruso en la suya y la duquesa ensu platea; el resto del público... ¡qué les importaba á ellos el resto del público!

El abogado, al llegar la duquesa quiso conocer el efecto de su poesía alquilona, y recorrió todas sus líneas de una mirada.

El rostro clásico y severo sin polvos de arroz ni afeitos nada decía, el redondo cuello y los aterciopelados hombros, no dieron muestras de haberse enterado de los sonetos, y en la *toilette* irreprochable no se veían trazas de empresa ó señal que mostrase claramente al desdichado amante, que la llama de la pasión ardía de nuevo en el corazón de la duquesa.

De pronto, entre los encajes y las plumas, vió D. Rodrigo el medallón de topacios, y rugió con tal fuerza, que estuvo á punto de ahogar el falsete del tenor, que en aquel punto cataba á *fiori di labro*, una romanza deplorable.

—¡Ah! dijo con alegría, tiene el medallón de topacios. ¡He vencido! y miró al ruso por encima del hombro, el cual no lo advirtió, porque estaba admirando las pantorrillas de las bailarinas con suma devoción.

..

Acabada la función, el *foyer* se llenó de gente, y los corrillos de los chismes se formaron, como siempre, junto á los pilares.

La duquesa apareció en lo alto de la escalinata arreglándose un magnífico abrigo de pieles. D. Rodrigo le aguardaba pegado á una columna.

Un amante desairado siempre va buscando apoyo, aunque esté en vísperas de triunfar.

—¡Ay! dijo de pronto la duquesa á una amiga; se me ha perdido el medallón ahora mismo. Diré al lacayo que entre á buscarle.

Y se alejó como una reina.

Al oír esto, el ruso y D. Rodrigo se pusieron á registrar los escalones; éste lo vió más presto, pero aquél, rápido como una centella, lo cogió antes del suelo.

—Dispense V.; ese medallón me pertenece—dijo Pico de la Mirandola.

—Yo creo que tengo el mismo derecho—replicó el ruso.

—Perdone V., es de una señora, amiga mía, á la cual...

—A la cual se lo devolveré cuando me plazca.

—Eso es una grosería.

—Que yo haría desaparecer de un puñetazo si no estuviéramos aquí.

—Por mí no hay inconveniente en que nos veamos en otra parte. Tome V. mi tarjeta.

—Esta es la mía.

Mientras tanto, la duquesa había aceptado el brazo de un hombre político que debía decirle lindezas, porque ella reía á carcajadas.

..

El desafío se arregló en un periquete; cuando dos hombres se odian de verdad, se baten pronto si son valientes; y el ruso y D. Rodrigo no tenían nada de cobardes.

Cuatro horas después del encuentro, es decir, á las cinco de la mañana, estaban ambos combatientes en Vista-Alegre con padrinos, médicos y armas.

Allí frente á aquella alameda de acacias (donde se bate todo el mundo), se echaron suertes, se midió el terreno, se cargaron las pistolas y se dió la señal por un veterano coreel curtido en el oficio de padrino.

Sonaron dos tiros y el ruso cayó al suelo desplomado, llevándose las manos al pecho. D. Rodrigo, pálido como un muerto, se acercó á él diciendo:

—Caballero, ruego á V. que me perdone.

—Un balazo no se perdona más que ante la muerte—dijo con voz desfallecida el ruso—pero conozco que voy á morir... le perdono á V.

—Yo quisiera demostrar á V. que no fué una ligereza lo que hice anoche, aquel medallón...

—Está aquí—dijo el ruso enseñándole.
 —No lo ha devuelto V., me alegro; en ese medallón está mi retrato.
 —¡Y por eso me ha muerto Vd.! ¡Ah! sépalo usted, en ese medallón está mi retrato... lo juro... Abra usted si conoce el resorte... ¡María!
 Y cayó muerto en brazos del médico que, conociendo era inútil la ciencia, no había intentado curación alguna.
 Don Rodrigo abrió febril el medallón y se encontró con el retrato de un tenor célebre que cantaba en el Real.
 ¡El ruso y él se habían engañado!
 —¡Se ha burlado de los dos!—pensó con amargura.
 Y quedó absorto mirando con horror el cadáver del desgraciado extranjero.
 —Vámonos—le dijeron sus padrinos—ese infeliz ha muerto.
 —¡Infeliz!—exclamó D. Rodrigo con los ojos fuera de las órbitas—¡infeliz él, y ha dejado de existir creyéndose amado por ella! ¡No es él el muerto, soy yo!

RAFAEL COMENGE.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO PRIMERO

El poder temporal no lo reconoce Jesucristo.—Napoleón I quiere suceder á Carlo-Magno.—Las dos escuelas.—El palacio del Vaticano.—Investigación histórica.

I

Mi reino no es de este mundo.
(Juan el evangelista.)

Desde los últimos días del siglo pasado se viene agitando en todos los pueblos de la raza latina una cuestión que afecta muy especialmente al orden político y social de todas las naciones, y presta una influencia tan perniciosa como perjudicial en la constitución de los Estados de las principales potencias del mundo.

Esta cuestión es la religiosa y se conoce con el nombre del poder temporal del Papa, que se remonta nada menos que á los tiempos del apóstol Pedro (1), como dicen algunos.

El poder temporal de los Papas, que así se llama la cuestión que nos va á ocupar en este libro; el poder temporal, que da mando al padre común de los fieles católicos en las cosas que están fuera de los asuntos religiosos, es debatido hoy más que nunca por filósofos, críticos, historiadores y estadistas, estando conforme la mayoría de las opiniones más ilustradas en que este poder no está reconocido por los verdaderos principios del cristianismo. ¡Y cómo lo había de estarlo cuando el mismo Jesucristo, y al decir del mismo Juan (2), predicaba esta humilde sentencia: *¡Mi reino no es de este mundo!*

Así, pues, hoy que la verdad se depura y la justicia triunfa, el poder temporal de los Papas está derrumbado para siempre, y sus escombros sepultarán eternamente los recuerdos históricos de tantos y tantos déspotas y farsarios religiosos, que disfrazados con el traje de Jesucristo, nombrados Dios mismo por un puñado de cardenales, en su mayoría hombres corrompidos, políticos maquiavélicos, han venido ocupando la silla en que,—según la falsa tradición de la Iglesia,—allá en el año 41 ocupó Pedro, el primero de los Pontífices, sucesor á Cristo,—según la misma tradición,—y el más grande, el más justo, el más sensato y consecuente propagandista de las ideas de Cristo, de las doctrinas evangélicas en aquellos primeros tiempos de la persecución de los cristianos, y sin cuyo apóstol, unido juntamente á Pablo, que no fué menos constante en trabajar por la religión nueva, las doctrinas de Jesús, la

(1) Simón Bar Jonás, llamado San Pedro, el primer Papa, sucesor de Cristo, según la Iglesia romana.

(2) En su Evangelio, c. XVIII, v. 36.

luz, la verdad que poco después había de tirar con la idolatría de Roma y con las falsas tradiciones del Oriente, el Evangelio hubiera perecido indudablemente entre el olvido y el indiferantismo de los paganos, ó quizás en algún circo al espirar entre las manos ensangrentadas del verdugo el último creyente en las noches serenas y claras del mes de Mayo, en que el monstruo de Roma, Nerón, hacía untar con resina á los que tenían la heroicidad de llamarse discípulos de Jesús, y después los prendían fuego, ahogando los lamentos de las víctimas mil aplausos extrepitosos de la feroz muchedumbre que poblaba aquellas gradas circulares y elevadas.

II

Y considerado el poder temporal como falto de ley, bien puede decirse que la amenaza que pesaba sobre el gobierno de Roma desde 1805 en que Napoleón I, el coloso del siglo XIX, aceptó la corona de Italia, estaba siempre vijente, pero que ha mudado de faz la cuestión y el asunto presenta ya otra cara muy diferente.

Entonces Napoleón I, con su ambición tan desmedida, deseaba ser el sucesor del gran Carlo-Magno.

Aquel genio militar y político, que se creía un nuevo César, quería que al cabo de diez siglos la corona de hierro de los lombardos hallaran unas sienas francesas en que poder descansar, así como para poder continuar un período histórico que parecía legado al polvo de las bibliotecas.

En aquella sucesión veía el primer Bonaparte dos cosas que le halagaban muchísimo, que le hacían sonreír considerablemente.

La primera era la supremacía de su política en la Europa Central.

La segunda,—y para él tal vez la menos importante—la dominación temporal en Roma y en los Estados pontificios.

—Esta dominación—decía Bonaparte—no debe subsistir sino puesta en mis manos.

Los romanos deberían ser franceses forzosamente para llenar los planes de su política ambiciosa.

Al Papa le hubiera mirado con respeto, es más, le veneraría, siquiera aparentemente, y si todo esto cabía en un déspota de su talla con tal, que hubiera hecho su voluntad en todo.

Exactamente lo mismo que quinientos años antes decía Felipe *el Hermoso*, rey de Francia, al Papa Bonifacio VIII, á quien aborrecía de muerte.

Y ahora la cuestión es distinta.

No es el rey extranjero el que ocupa á Roma, sino el monarca legítimo por la voluntad de Italia, que pide su unidad como complemento de la política de Carlos Alberto y de la obra tan gloriosamente comenzada el 11 de Mayo de 1859 en Sicilia, por el feliz guerrillero del siglo XIX, por el desterrado en Caprera después del desastre de Aspromonte, donde el honor de Italia quedó pisoteado por la Francia, gracia que se debe á la siempre funesta política de Napoleón III, ya anatematizada por lo de Méjico y vencida primero en Querétaro y más tarde en Metz, donde quedó probada la pequeñez del tercer Napoleón.

III

Pero aparte de estas consideraciones que nos llevarían á muy lejos, entremos en asunto, esto es, tratemos del poder de los Papas, y ya nos encontramos con eso que se llama mando temporal de la Iglesia, contra el cual han protestado desde los tiempos pasados hasta las naciones más católicas. Y hé aquí que antes como ahora y como siempre para los cristianos, la piedra de toque ó como si dijésemos, el caballo de batalla, es el poder temporal de los Papas, cuestión debatida hoy más que nunca en su legitimidad, en su procedencia histórica, en su razón de ser, en fin, y hasta en las leyes en que está apoyado; por unos que lo condenan en absoluto y quieren que el pa-

padose limite como hasta principios del siglo VIII, esto es, al poder espiritual de la Iglesia, haciendo de ésta una cuestión religiosa, pidiendo á un tiempo el catolicismo libre del Estado y fuera por consiguiente de la protección oficial que le dispensan los gobiernos; y por la de otros defendido hasta lo sumo y exigiendo que se le den todas sus antiguas garantías, todas sus prerrogativas, á las cuales llaman derechos, y se le devuelvan todas sus riquezas, su influencia y su poder; aquellas riquezas, aquella influencia, aquel poder que permitía sostener la silla apostólica en la Edad Media y aún en los tiempos de la reconquista con un séquito deslumbrador, con esplendor indecible, y que más parecía el Papa á un Calígula ó á un Nerón, orgullosos emperadores, todos ellos soberbia y vanidad, todos ellos tiranía y degradación, que á un Jesucristo hombre sencillo que todo él fué mansedumbre y bondad, filósofo y á la vez moralista profundo, que con los hijos del pueblo, con pobres pescadores formó un núcleo de propaganda evangélica que supo vencer las antiguas tradiciones de Grecia y las fatales doctrinas de Roma pagana, siendo el gigante que asombrara al mundo y ante el cual pocos siglos después, chicos y grandes, ricos y poderosos doblaron la rodilla y aceptaron su doctrina, sino la única y verdadera como más en consonancia con la suerte de la humanidad y el destino moral del hombre en la tierra. Y este hombre que fué pobre no puede tener sucesores que habiten palacios y palacios como el Vaticano.

IV

Este palacio es tan inmenso, que dentro de él hay museos enteros; palacio cuyos jardines, si se quieren recorrerlos á pie, sería imposible hacerlo en un día entero, y tendríamos que subir en uno de los magníficos coches que usa el actual Papa para pasearse en ellos, como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos.

Ese es el Sumo Pontífice que os dicen está prisionero, cuando en aquel enorme edificio no hay más guardias que sus propios guardias, con uniformes más ricos que los de nuestros capitanes generales, porque dentro de aquel palacio, el Papa es dueño y señor absoluto. Lejos de estar preso, el mayor placer del gobierno italiano sería verle salir de su palacio. Pero no tengáis cuidado, que no lo hará hasta que le echen de él.

¿Sabeis cuántas habitaciones tiene ese edificio en el que vive vuestro Papa? ¿Serán cincuenta ó llegarán acaso á ciento? ¿De seguro que no pasarán de quinientas? No os canséis en adivinar, porque os quedaréis cortos; porque en aquel palacio, además de su inmensa biblioteca, la más rica del mundo en manuscritos, cuyo valor es incalculable; además de sus museos, cada uno de cuyos cuadros ó estatuas vale millones; además de sus capillas, una sola de las cuales, llamada Sixtina, es mayor que muchas catedrales; además de los talleres, en los que se fabrican mosaicos que valen sumas prodigiosas; además de sus salones, en cada uno de los cuales caben miles de personas; además, en fin, de toda esa inmensidad, el Palacio-Vaticano, en el que vive el Papa de la Iglesia de Roma, contiene cuatro mil cuatrocientas veintidos grandes habitaciones y seis mil quientas ochenta y tres pequeñas, pero no tanto que no pueda haber una cama en cualquiera de ellas. Total, más de once mil habitaciones.

Seguros estamos de que no lo crearán muchos católicos, pero si les mostrasen una escalera por la que con todo comodidad pueden subir una docena de personas de frente; si después los llevasen á otra tan grande como la anterior, y luego á otra; y otra, hasta ocho, todas igualmente inmensas y magníficas, empezarian á suponer que esas escaleras monstruosas no se han hecho para subir á cuartos de dormir. Si después se cansaran de recorrer escaleras más pequeñas, porque hay ciento noventa y seis; si se asomaran á un patio en el que puede bailar la plaza Mayor de Madrid

y después á otro, y á otro, hasta veinte; si anduviesen de habitación en habitación por horas enteras, hoy, y mañana, y el día siguiente, sin pasar dos veces por el mismo punto; si hicierais todo eso, como lo hemos hecho nosotros, entonces quedaríais convencidos, como lo quedamos nosotros de que aquel palacio es realmente el mayor del mundo.

Allí, los pintores más famosos que han existido, no han pintado cuadros de una vara, ni de dos, sino las paredes y los techos de las habitaciones: ¿qué decimos, habitaciones? ¿Habéis oído hablar de Rafael? Pues Rafael fué un pintor italiano, el más grande que jamás ha producido la naturaleza. El Museo que posee un cuadro de él se considera rico; una pintura de aquel gran maestro, aunque no sea más que de un palmo cuadrado, vale una fortuna de millones. Pues en el palacio de nuestro Papa hay corredores cuyos techos y paredes están pintados por Rafael.

La magnificencia de aquel edificio maravilloso es indescriptible; el valor de los tesoros que encierra, no es de millones, ni de cientos de millones, sino de miles de millones.

Repitamos las palabras de Jesús: *Los que tengan oídos que oigan.* ¡Once mil habitaciones para un hombre solo, y tantos infelices que no tienen un techo que les guarezca! ¡Y este hombre es el que pretende ser el representante de Cristo, que vivió de limosna y ordenó á sus apóstoles no tener bienes!

¿Y sabéis de dónde viene todo ese lujo, todo ese aparato, mayor que el de ningún rey? Pues no viene de los millones que le da el gobierno de Italia, porque con ellos no tendría el Santo Padre bastante para pagar á sus guardias y mantener sus caballos; viene de lo que vosotros, de lo que todos los millones de crédulos católicos pagáis; porque una parte de todo cuanto entregáis en las iglesias á vuestros curas, se separa para mandarlo á Roma, para mantener esa magnificencia de que se ha rodeado á vuestro Papa, para deslumbrar á los que en peregrinación van á postrarse ante él á besarle, no las manos, sino los pies, como le podría besar á aquel humilde filósofo que se humillaba ante los pobres, no sólo á besárselos, si que á labárselos también por sus propias manos.

V

Pero los sucesores de éste en la tierra no se acomodan con imitar su pobreza, y después de vivir en el palacio más grande que hay en el mundo, quieren sostener el mando espiritual sobre todos los hombres y el temporal sobre sus Estados, que acaban de perder para siempre.

Historiemos, pues, este poder que los Papas se crearon, y veamos las páginas de horror, los sucesos repugnantes que refiere la historia del pontificado, desde Pedro—el supuesto sucesor de Jesús,—hasta Pío IX, en que han ocupado la silla doscientos noventa y tres Pontífices, de entre los cuales ciento cincuenta y tres perecieron ahorcados unos, apedreados otros, bajo el puñal no pocos y víctimas de sus pasiones mundanas los más; aparte que desde el primer Papa se despertó en el gobierno espiritual de la Iglesia la soberbia, la intriga y la corrupción más refinada que se ha conocido en el mundo.

Así la historia del papado es un borrón horrendo que mancha la causa del cristianismo y ha obligado á los mejores católicos á separarse de la Iglesia romana, porque en ella han visto la negación completa de las doctrinas de Jesús, ejemplo de paz y mansedumbre que tanto resaltan en el Evangelio, el mejor libro de los cristianos.

Hoy es de más interés cuanto se relaciona con el poder temporal, hoy que el Concilio ecuménico ha votado la infalibilidad del Pontífice, la historia y cuanto de ese poder se sepa debe propagarse por todas partes á fin de que el mundo recuerde eternamente lo que es en sí y ha sido el papado, y así los timoratos y pusilánimes no se

jejen embaucar por esa especie de comedia, por esa farsa ridícula que poco ha se representaba en Roma con escándalo de propios y extraños. Sí, porque en pleno siglo XIX, en que la luz y la razón abren un ancho campo á los destinos de la humanidad; en que todo lo antiguo cae estrepitosamente para dar paso franco á un orden legal de cosas nuevas; en pleno siglo XIX no se puede, no se debe tolerar que ciertos hombres sigan representando el papel que harto se le ha visto sostener con mengua de la libertad y menos precio de la moral y la justicia humana.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

A GLORIA...

Naciste bella cual mariposa
que alegre gira de flor en flor
viviste pura, creciste hermosa
cual de la aurora el primer albor.

Dorados sueños alimentaron
tus esperanzas del porvenir
mas ya tus ojos tristes lloraron
el desconsuelo que los fué á herir,
y es que tu cáliz abierto al mundo,
cual flor que un día lucir se vió
brilló un instante, vivió un segundo
pero ¡ay! que al cabo se marchitó.

LUCIANO GUTIERREZ.

EL ORIGEN DE LOS INSTINTOS

La arquitectura entre las abejas

Creemos serán interesantes para los lectores algunas consideraciones compendadas respecto al origen y causas determinantes del maravilloso instinto arquitectónico de las abejas.

Este ha llegado á un estado tal de desarrollo y perfeccionamiento, que, según demuestran los matemáticos, aquellos pequeños ingenieros han resuelto el problema, bastante abstracto, de dar á sus celdas la forma capaz de contener el mayor volumen de miel con el menor gasto de material (cera).

Según Darwin, aún disponiendo de las herramientas más apropiadas, sería difícil á un obrero hábil construir celdas de cera de la verdadera forma, y, sin embargo, esto lo ejecutan perfectamente multitud de abejas, trabajando en la oscuridad.

Concediéndoles todos los instintos que se quiera, parece á primera vista inconcebible que ellas puedan construir todos los ángulos y los planos necesarios, y hasta saber cuándo el trabajo es correcto, y, sin embargo puede demostrarse que todo no es sino el resultado de un corto número de instintos simples.

Siguiendo la dirección emprendida por Waterhouse, Darwin observó que en lo relativo á gradación ó progreso de la arquitectura entre las abejas, existe una serie muy poco extensa, en unos de cuyos extremos se encuentran variedades de abejas que sólo construyen cortos tubos de cera y algunas celdas separadas y de forma irregular. Luego se observan construcciones más perfeccionadas—entre las que cita las de la *Melipona doméstica* de Méjico,—cuidadosamente estudiadas y descritas por Huber, y consistentes en colmenas de celdas cilíndricas, donde se hace la incubación de las abejas jóvenes, y á las que van unidas algunas grandes celdas de cera, destinadas á recibir la miel. Después de algunas, aunque cortas gradaciones ó perfeccionamientos sucesivos, se llega finalmente á la perfección arquitectónica actual, último grado de progreso que ya no es posible traspasar. Las celdas están colocadas en dos hiladas, y cada una forma un prisma exagonal, como todo el mundo sabe. Los bordes de la base de este prisma forman puntas de dos en dos; puntas que se ajustan á las tres caras de un triedo compuesto de tres rombos. Estos tres rombos, que forman la base piramidal de cada celda, pertenecen también á las bases de otras tres celdas del lado opuesto de la colmena, y, de tal modo, el espacio se halla aprovechado con el menor consumo posible de cera.

Desde las construcciones rudimentarias de las abejas menos inteligentes, hasta las últimas, sumamente perfeccionadas—tan perfeccionadas, que no podría hacerlas mejor el hombre, ya que se demues-

tra matemáticamente la coincidencia del menor consumo de material con el mayor espacio protegido,—se observa, pues, un progreso continuo pasando por las formas intermedias de la *Melipona*, y este progreso sólo puede ser debido, como cualquier otro, á la selección natural.

Sabemos, con efecto, que esta última tiene lugar siempre que se manifiestan divergencias útiles á los individuos que las poseen; divergencias que, proporcionando ventajas en la lucha, facilitan el triunfo, y, por tanto, el predominio, fijándose luego y transmitiéndose por adaptación y herencia. Pues bien; la selección quedará demostrada en este caso, si se contesta la siguiente pregunta: ¿De qué modo el progreso de los instintos arquitectónicos ha podido ser útil á la abeja?

Primeramente, las celdas perfeccionadas requieren «nuevo consumo de cera» en igualdad de volumen protegido, y se sabe, según Tegetmeyer, que las abejas encuentran frecuentemente dificultades en procurarse suficiente néctar. La experiencia demuestra que para producir una libra de cera es preciso consumir de doce á quince libras de azúcar, y fáciles concebir la inmensa cantidad de néctar que una colonia de abejas necesita consumir para las construcciones. Además, un gran número de abejas permanecen muchos días ociosas mientras se efectúa la secreción de la cera. Por otra parte, para sostenerse en el invierno necesitan gran aprovisionamiento de miel, y fácil es, con tales datos, comprender las ventajas que una economía en los materiales de construcción puede proporcionarles.

Si las primitivas abejas, como se demuestra, empezaron por construir celdas aisladas, con gran consumo de cera y, por tanto, de miel, claro es que la primera especie que sin saber por qué construyó varias celdas juntas y con paredes comunes, redujo el consumo de cera y miel á cerca de la mitad, y, por tanto, duplicó durante el invierno las facilidades de subsistencia. Esta especie debía, pues, tener dobles probabilidades de propagarse y perpetuarse.

Todavía, desde la construcción de celdas unidas, pero irregulares ó esféricas, hasta la arquitectura prismática exagonal, se realiza una economía considerable de cera, dado el mismo grueso de paredes é igual uniformidad y resistencia.

Se ve, pues, palpablemente que la perfección arquitectónica produce á las abejas la incontestable ventaja de una considerable economía en los materiales nutricios—dadas iguales condiciones de resistencia en las construcciones, y de espacio protegido,—lo cual es un arma formidable en la lucha por la existencia.

La selección natural no puede ser más evidente en este caso, como origen y perfeccionamiento de un instinto que, empezando por divergencia de caracteres, se ha fijado por el triunfo y el predominio desarrollado por el ejercicio y transmitido y perpetuado por herencia.

MANUEL MONTERO Y RAPALLO

LA LUNA

Ese astro, nuestro inmediato vecino, que viene á ser, digámoslo así, la accesoria de nuestra casa; insignificante accesoria de nuestra insignificante ciudad planetaria; ese astro, que todo el mundo conoce, que ha sido tantas veces descrito y detallado, no puede ofrecer novedad alguna á la curiosidad insaciable del lector. ¿Quién nos mete, pues, á escribir sobre él?

Y sin embargo... la Luna nos atrae. Mil veces se ha descrito el universo, mil veces hemos leído todos su descripción. Al terminarla nos hallamos identificados con las ideas; persuadidos de los movimientos de los astros, de la velocidad de la luz, de los volteos de los soles. La fuerza de la gravitación, eso que no se sabe lo que es, pero cuyos efectos demuestra la mecánica, nos parece la cosa más natural, puesto que la vemos actuar permanentemente y ni aún concebiríamos que por un sólo momento faltase. El sistema planetario, las estrellas, las nebulosas... todo perfectamente explicado. Quedamos amplisimamente convencidos de la mecánica celeste, y del «por qué convencional» de la cosa.

Pasan, sin embargo, cuarenta y ocho horas, y el antropomorfismo vuelve á obrar sobre nosotros. Salimos del café ó del teatro, miramos al cielo, y vemos un globo sobre nuestras cabezas, un globo enorme, tan enorme que su atracción levanta las aguas del Océano; una masa sobre la cual obra poderosamente la gravedad, y que sin embargo... no cae.

Y olvidamos mecánica y geometría celestes, y olvidamos sectores elípticos, y áreas, y nodos, y anomalías, y excentricidad; y no podemos menos de volver á exclamar: ¿Por qué razón ese enorme bólido no ha de caer? Si la materia se atrae, ¿por qué no acaba nunca de juntarse, convirtiéndose cada nebulosa en un enorme sol? ¿Qué universo es éste, en el que las leyes están siempre cumpliéndose y no ababan de cumplirse jamás, como ocurriría con un sentenciado á muerte á quien se agarró con una rosca sin fin?

Y sobre todo ¿qué es esa Luna, nuestro inmediato átomo en la molécula planetaria, y tan desconocido casi como inmediato?

Según los conocimientos relativos que de una ínfima parte del laberinto en que nos hallamos no es, y nos será posible adquirir, asegúrase hasta hoy lo siguiente:

La Luna es un cuerpo opaco que gira alrededor de la Tierra, según las leyes de Képler y de Newton. Este oscuro amigo, que haciendo volatines nos sigue en la vertiginosa carrera por los espacios, tiene manchas que no se occultan periódicamente como las del Sol, sino que sólo permanentes, y pueden observarse en cualquier época.

De aquí se deduce que, dados el movimiento giratorio alrededor de la Tierra y la constante visibilidad de las manchas, la Luna efectúa una revolución sobre sí misma en el mismo tiempo que tarda en recorrer su órbita. Hay, pues, un hemisferio que nunca vemos, y desde el cual no puede verse la Tierra; de modo que, si hay astrónomos en la Luna, los que estén en el hemisferio opuestos á nosotros se verán obligados á viajar cada vez que quieran observarnos.

Se ve que, á diferencia de la Tierra, en nuestro satélite existen verdaderos privilegios astronómicos-regionales, y que los desdichados habitantes—si existen—del hemisferio opuesto al que vemos no pueden disfrutar de Tierra durante sus noches. Probablemente las naciones seleno civilizadas habrán en todo caso arrojado allí á los bárbaros, estableciéndose en los hermosos territorios cuyas noches son alumbradas por nuestra esplendente luz.

La elipse que describe la Luna se aproxima menos al círculo que la recorrida por la Tierra alrededor del Sol, siendo como es la excentricidad de aquella de 0,0568, y la de ésta de 0,0167. Hay, además, datos que comprueban una contracción ó reducción de la elipse.

Existen en la Luna montañas cuya altura se ha medido por medio del micrometro, determinando la longitud de la sombra de la montaña sobre el disco brillante, y por este mismo medio se ha encontrado la profundidad de las grandes cavidades que también existen.

La distancia media de la Luna á la Tierra es de 60 radios terrestres, ó sean aproximadamente 70.000 leguas. Esta distancia fué determinada por los astrónomos Lacaille y Lalande en 1752, estando el primero en el Cabo de Buena Esperanza y el segundo en Berlín, y empleando el medio de las distancias zenitales. Por este método se obtiene la paralela de la Luna, de cuyo dato se deduce inmediatamente la distancia.

Además de los movimientos de rotación y traslación descritos, la Luna tiene un tercer movimiento consistente en una retrogradación de la línea de los nodos, ó sea de la intersección de la órbita lunar con la eclíptica. Este movimiento de retrogradación indica un movimiento giratorio del plano de la órbita, el cual efectúa una revolución completa en diez y ocho años y medio.

Todavía existe un cuarto movimiento consistente en un desplazamiento del perigeo, ó

sea un giro de la elipse sobre el mismo plano de la órbita. Esta revolución se efectúa de Occidente á Oriente en 3.232 días, ó sea de un poco menos de nueve años. Aunque otros varios movimientos afectan á la Luna, no los consideramos por su insignificancia.

Entiéndese por estos movimientos no pueden dar una idea del real y efectivo que experimenta la Luna en el espacio; pues arrastrada por la Tierra en su carrera á razón de 7 1/2 leguas por segundo, lo que en realidad describe alrededor del Sol, es una curva cóncava, sin inflexiones, aunque de concavidad variable. Todavía, si se tiene en cuenta que el Sol marcha por entre la Via Lactea hacia la constelación de Hércules, arrastrando á todos sus amigos celestes, se comprenderá perfectamente que aquella curva no es la real que describe la Luna en el espacio. Y si se considera aún que el movimiento del jefe de nuestro sistema, tampoco puede ser absoluto, ya que de la gravitación universal se desprende que nuestra nebulosa en masa no puede menos de desplazarse al ser atraída por otras, se comprende también que en esto, como en todo, no podemos ni podremos llegar al completo conocimiento. Jamás la ciencia astronómica determinará el movimiento real y absoluto de la Luna.

Las manchas lunares, analizadas con el telescopio y representadas en mapas, son de dos clases: mares y montañas.

Los mares—que así se llaman sin saberse si en efecto lo son—se diferencian de las montañas en el aspecto, pudiendo únicamente asegurarse la existencia de las últimas.

Unos y otras han recibido nombres, siendo los principales mares el Humorum, el Oceanus Procellarum, el Palus Nebularum, el Serenitatis y el Feconditatis.

Hay gran número de montañas, de las que para no ser cansados, citaremos sólo como principales, el monte Newton de 7.264 metros de elevación, el Thicho-Brahé de 6.151, el Erathosténe de 5.818 y el Theophilus de 5.559 metros.

El Thicho-Brahé ofrece á la vista un circo ó cráter de 86 kilómetros de diámetro, y en su centro varios picos, de los que el principal se eleva 1.560 metros sobre el nivel interior del circo. Todavía hay un cráter mayor, aunque menos elevado, el Copernicus, cuyo diámetro es de 89 kilómetros, y sus vertientes interiores de 3.300 metros próximamente.

Se ve bien que nuestro satélite no tiene que envidiarnos en lo relativo á montañas y cráteres, pues si se comparan las alturas de las mayores montañas de los dos astros á los diámetros de los mismos, resulta para la Luna una proporción de 1/454, y para la Tierra de 1/1.481.

Los mayores cráteres de levantamiento terrestres, llegan á lo sumo á un diámetro de 8.000 toesas, y los del Pico de Tenerife y Vesubio, que tienen 360 ó 400 pies, apenas serán visibles desde la Luna con un buen telescopio.

El diámetro de la Luna es de 3.360 kilómetros, ó sea próximamente la cuarta parte del de la tierra. Su volumen es la 54 avas partes, y su masa la 84 de nuestro planeta.

Por estos dos últimos datos se ve bien que la Luna es mucho menos densa que la Tierra y en efecto, la densidad se ha calculado en 0,619 tomando la de la tierra por unidad. Si la masa es 84 veces menor que la de la Tierra, claro es que, atrayéndose los cuerpos en razón directa de sus masas, la fuerza de gravitación en la superficie de la luna será 84 veces menor que en nuestro planeta. Si fuera, pues, posible que un hombre de peso de cinco arrobas se encontrase de pronto en la superficie de la Luna, su peso se reduciría á libra y media próximamente. Si este hombre pudiera vivir allí en una atmósfera parecida á la nuestra, se encontraría con que podía hacer marchas enormes sin cansarse; pues suponiéndole sólo capaz de andar tres leguas de una vez, y calculando que el esfuerzo de los músculos sólo se redujera á la 48 avas partes, gracias á los rozamientos y fuerzas perdidas, este hombre podría hacer en

la Luna una jornada de 120 leguas con igual consumo de fuerza.

Un hombre capaz de saltar en la Tierra á la altura de dos metros, podría, con igual esfuerzo, elevarse á más de 80 en la Luna.

Una locomotora que en la Tierra arrastra 20 wagones, podría arrastrar más de 800 en la Luna; y un acorazado de 8.400 toneladas, pesaría sólo 100, ó sea lo mismo que uno de los cañones que montan. Y finalmente, uno de estos enormes cañones pesaría poco más de una tonelada, y los de campaña del ejército podrían llevarlos los artilleros al hombro.

Puede asegurarse que si en la Luna hubiera habitantes, éstos tendrían su aparato locomotor desarrollado en proporción á las necesidades, y por tanto, mucho más reducido proporcionalmente que el nuestro. La actividad vital se traduciría, en compensación, en otras múltiples y variadas manifestaciones.

La luz reflejada por la superficie lunar es inferior á la que refleja una nube blanca. Así se observa lo difícil que es descubrir la Luna durante el día, cuando se encuentra rodeada de nubes brillantes. La relación entre la intensidad de la luz lunar y solar es de 1 á 300.000, según Bouger, y de 1 á 800.000, según Wollaston. Como se ve, hay gran diferencia entre ambas apreciaciones, por lo que convendría determinar este dato con más exactitud.

La luz de la Luna es amarilla, y si parece blanca de día es porque roba á las capas azules de aire que atraviesa el color complementario del amarillo.

La Luna no refleja solamente luz, sino también calor. Melloni, sirviéndose de un lente de tres pies de diámetro, demostró las elevaciones de temperatura que se producen con la luz lunar, aunque no le fué posible expresar en fracciones de graduación termométrica los fenómenos observados en su pila telescópica.

La luz cinérea, ó cenicienta, que se observa en la parte no iluminada de la Luna es producida por el reflejo de la luz terrestre, que á su vez nos es devuelta. Aunque á primera vista no se comprende bien cómo puede notarse este reflejo, se apreciará mejor reflexionando que la Tierra envía á la Luna 13 veces y media más luz que la que recibe de ella.

Es tan notable la luz cenicienta, que hasta pueden observarse sus variaciones. El 14 de Febrero de 1774—dice Humboldt—Lambert observó, con un antejo llamado investigador, que la luz cenicienta se convertía en un tinte de aceituna tirando á amarillo. La Luna, dice Lambert, refiriéndose á esta notable observación, estaba entonces verticalmente sobre el Océano Atlántico, y recibía sobre su hemisferio de sombra la luz verde de la Tierra, reflejada bajo un cielo sereno por las regiones frías de la América meridional.

La Luna, según hasta hoy se ha creído, no tiene atmósfera, ó al menos esta debe ser sumamente tenue. «La comparación de los dos valores del diámetro de la Luna, uno de los cuales se obtiene directamente—dice Bessel—deduciéndose del tiempo que dura la ocultación de una estrella, enseña que la luz estelar, cuando está rasante con el borde de la Luna, no se desvía sensiblemente del camino recto. Si tuviese lugar una refracción, el segundo valor del diámetro sería menor que el primero; y medidas reiteradas han dado, por el contrario, determinaciones tan concordantes, que jamás ha sido posible encontrar en ellas una diferencia decisiva.»

Posteriormente se ha creído poder afirmar la existencia de una atmósfera muy tenue. De todos modos, los astros, faltando casi la luz difusa, deben aparecer para la Luna sobre un cielo casi negro. El sonido, el canto ni la palabra pueden transmitirse, ó á lo sumo de un modo inapreciable sobre la superficie de nuestro satélite.—Si hay, pues, habitantes ó seres organizados, éstos deberán ser mudos.

Mucho nos resta por decir; pero temiendo cansar á los lectores, vamos á terminar con los siguientes párrafos de Humboldt:

«En razón de la falta de agua en la superficie de la Luna, puede considerarse ésta próximamente tal como debió ser la Tierra en su

estado primitivo, antes de estar cubierta de capas sedimentarias ricas en conchas, en cascadas y terrenos de transporte, debidos á la acción continua de las mareas ó de las corrientes. Apenas puede admitirse que existan en la Luna algunas capas ligeras de conglomerados y de detritus formados por el frotamiento.»

«La Luna, gracias á la atracción que ejerce en común con el Sol, pone en movimiento el Océano, modifica el elemento líquido y los contornos de las costas, favorece ó contraría el trabajo del hombre, y suministra la mayor parte de los materiales de que se forman los asperones y los conglomerados. Así, la Luna obra sin cesar sobre las condiciones geológicas de nuestro planeta.»

Si fuera cierta la teoría, aún no plenamente comprobada, de la reducción progresiva de las órbitas planetarias, ocasionadas por la resistencia del éter, la Luna debiera caer sobre la Tierra antes que ésta lo efectuase sobre el Sol.—Afortunadamente, tan espantoso cataclismo está en todo caso bien lejano, y acaso otras causas hagan antes desaparecer, no sólo la humanidad, sino toda vida orgánica de la superficie terrestre.

MANUEL MONTERO Y RAPALLO.

NO SÉ

Me pides que te pinte mi cariño
y que lo pinte en forma de poesía;
difícil es pintarlo, amada mía,
aunque á la rima con afán me ciño.

Difícil es, aunque á mi anhelo cuadre,
pues solamente bien te lo pintara,
si al hacer la pintura me inspirara
en un amante beso de mi madre.

¡Te quiero mucho, mucho!... los reflejos
de tu hermosura son mi único día
y... no te digo más, amada mía....
¡mi madre está tan lejos!...

R. ORTIZ Y BENEYTO

LAS ESTATUAS

I

Si fuéramos á buscar su origen nos perderíamos en la inmensidad sombría de esa eternidad del tiempo llamada ayer: las cosas pasan por tres etapas distintas: ayer, hoy y mañana, ¿quién piensa en el ayer y quién adivina el mañana? No existe más que el presente; pensar en lo pasado y lo porvenir es lo mismo que intentar profundizar con ambos brazos dos arcanos insondables; las estatuas tienen su origen en el sexto día de la creación; porque ¿qué es el hombre mas que una estatua que se mueve? luego el arte fué perfeccionándose y el genio arrancó á las rocas sublimes creaciones: los escultores son una especie de semi-dioses. Dios hizo al hombre y le dió vida; esta es la única diferencia que existe entre el Escultor de los escultores que á martillazos forman sus hombres de piedra.

La piedra sirve para todo: colocada en la honda, causa la muerte; puesta sobre las tumbas, recuerda existencias borradas; clavada en las fachadas de los edificios construídos con montones de ellas, perpetúan acontecimientos notables, y hacinadas en suntuosos monumentos y pulimentadas por el cincel del artista, conmemoran glorias y eternizan facciones de heroes y sabios.

En la serie de los tiempos, las estatuas demuestran el progreso y la civilización; en las grandes hecatombes, son cadáveres incorruptibles, destinados á revelar la historia de pueblos muertos á las nacientes generaciones, y al par que esto, en todo tiempo y edad, desde Adán hasta el juicio final, son y serán una de las ostentaciones de la vanidad.

Las estatuas vienen á ser los testigos de innumerables hechos; testigos mudos, inmóviles, eternos; unas, recuerdan martirios; otras, hechos gloriosos ó gigantescas concepciones

artísticas; la estatua del joven de Atenas, demuestra una hermosura incomparable, y eterniza el nombre de Fidias; la efigie de Carlos I, levantada frente al palacio de Witte-Hall, conmemora una espantosa tragedia y con el brazo extendido hacia la sala de los banquetes, parece decir eternamente con sus mármóreos labios: «¡Allí fué!...»

Un escultor propuso á Alejandro transformar en su estatua un monte famoso y no llevó á cabo su proyecto; ¡ah! si lo hubiese hecho, ¿no sería aquella colosal escultura la única verdadera historia donde los pueblos podrían leer en cada línea del cincel del artista una página gloriosa del reinado del más grande de los monarcas y el más miserable de los hombres?

Yo he visto muchas estatuas y sólo dos son las que me han causado gran admiración y asombro; dos estatuas muy distintas, hechas en muy diferentes épocas y separadas ambas por los espacios de los siglos. Una es el Moisés de Miguel Angel y otra el siglo XIX; Buonarrotti, representando al gran legislador acumula en su estatua mundos de recuerdos: el autor del siglo XIX ha escrito con su cincel en un pedazo de roca, la página más triste de la barbarie moderna.

Viendo el Moisés, se recuerda la historia del pueblo de Israel; la serie de los acontecimientos bíblicos surge de la noche del tiempo pasado; vuelven á aparecer palpantes de vida aquellas innumerables generaciones convertidas en cenizas; parece que el oído percibe el bélico sonar de las trompas guerreras de las huestes faraónicas; los sonidos de los salterios volando entre nubes de incienso y girones de luz; el Sinai aparece envuelto en el centelleo de las tempestades y los vellones de las nubes; se oye la voz de Jehová dictando leyes al legislador y la historia de las historias despierta, bulle, crece y se arremolina en torno de una piedra colosal.

Contemplando el siglo XIX se experimenta muy distinta sensación; figuraos un torero agonizante, envuelto en sangre, sobre la arena del circo; los cabellos desgredados, los ojos casi cerrados, los labios queriendo murmurar la oración que muere en la garganta, el traje roto, las manos crispadas por el frío de la muerte, intentando cubrir la herida por donde se va la vida, la mente recordándolo todo en la lucidez del postrer momento... piensa tal vez en el angel de sus amores, en su hogar, en sus hijos... en Dios, en la vida eterna... y todo aquel ser, cubierto de seda y oro, retorciéndose con las convulsiones de la muerte.

Causa horror contemplar la verdad con que el artista retrata en la piedra la agonía del gladiador moderno, la epopeya de barbarie del siglo de las luces y las maravillas, digno por tal motivo del desprecio y justa execración de las futuras generaciones; el Moisés representa la grandeza bíblica reasumida en prodigiosas líneas por el cincel de un genio, y el siglo XIX compendia todo lo moderno heredado de aquellos horribles espectáculos que en un tiempo fueron deleite de envilecidas y feroces muchedumbres; el germen de la barbarie primitiva, escudado por la moda, y rechazado por la civilización, por el progreso, por la razón, por el arte y por el sentimiento.

Median dos siglos y medio entre ambas estatuas, y ambas unidas, son los gritos que recuerdan con la voz de lo sublime un ayer glorioso y un presente tristísimo.

En ciertas razas, la idea de lo grande y lo eterno tiene que ser representada por medio de colosales estatuas ó gigantescos monumentos; así los indios conciben la grandeza de Dios contemplando la descomunal escultura de Budha, y los egipcios recuerdan las glorias de sus reyes prosternándose ante las pirámides, sin saber ni unos ni otros que tales esculturas y monumentos son leves átomos comparados con la grandeza eterna.

Además de las estatuas de piedra, existe otra clase de estatuas: las más son visibles é inquebrantables; las otras son impalpables y se forman y se deshacen en brevísimos instantes; á las unas las forja el cincel, á las otras las forma el delirio; me refiero al amor, á la

esperanza y á la felicidad; el amor es una estatua de aljófar, que cae rota en pedazos cuando el dolor desvanece con su eterno cataclismo su pedestal de humo; la esperanza es otra estatua que, como las de las diosas mitológicas, hace soñar en imposibles; es una figura hermosa que se sostiene mientras no la toca la realidad, algo así parecido al cuerpo de aquella sacerdotisa que, mientras nadie la tocó, aparecía incólume al pie de los derruídos altares de Pompeya; y la felicidad, ¿qué es? Pues el contorno tan sólo de una hermosísima, divina escultura, vaciada en los moldes de la imaginación; un bajo relieve en oro que lleva el destino entre sus brazos, complaciéndose en mostrarlo á la humanidad y decirle con sarcástica sonrisa: «Si puedes, ven por él.»

II

Las estatuas en los paseos y en las plazas públicas me hacen un singularísimo extraño efecto: tiesas, inmóviles, todas guardando el régimen de postura que el mal gusto las señaló como reglamentarias, se me figuran grotescos adornos con las cuales parece que se pretende adornar esos mostradores de la vanidad llamados paseos.

Unas aparecen sentadas, otras de pie ó á caballo; las que están sentadas todas parecen sumidas en reflexiones, las que están de pie miran casi siempre al cielo ó por encima del hombro como vulgarmente se dice, y las ecuestres ¡oh las ecuestres! ya se sabe: el caballo sostenido por dos patas con las otras dos levantadas ó bien por las dos traseras y las delanteras en actitud de galopar y los ginetes con la cara vuelta hacia atrás y el brazo tendido hacia adelante; yo conocí un chusco *vividor* de oficio, que cambió de habitación porque el dedo de una estatua estaba fijo en ella como queriendo decir á los innumerables acreedores del caballero: «Allí vive.»

Y sin embargo, las estatuas de las plazas y los paseos, por malas que sean cumplen una sagrada misión, la de recordar á cada pueblo sus glorias ó sus aberraciones; la del héroe le recuerda su independencia, la del sabio ó la del poeta sus días de gloria literaria y la del mártir se levanta para hacerle pensar constantemente en la equivocación que sufrió arrastrándole al suplicio; viene á ser un corolario de ultratumba que protesta con el lenguaje del silencio contra la tiranía y la ignorancia de otras escuelas y religiones.

Miguel Servet fué el mártir de la ciencia; Calvino lo condenó á la muerte más cruel y se alza su estatua como diciendo al mundo: «Ya ves como es verdad mi descubrimiento.» Giordano Bruno dió su cuerpo á la hoguera inquisitorial por defender la libertad del pensamiento y hoy su granítica efigie parece decir al mundo desde la Ciudad de los Césares y los Papas: «Héme aquí; yo soy el que murió por romper los férros círculos del oscurantismo que aprisionaba tu pensamiento.»

Si á Calderón, Shakespeare, Cervantes, Dante, Schiller, Lope de Vega, Murillo, Van-Diks, Goethe y otros tantos genios no se les hubiese levantado estatuas, los pueblos tendrían el derecho de dudar la existencia de sus genios, decir con Santo Tomás aquello de: *Si novi deo non credo* y pedir con las armas en la mano un pedazo de piedra que les recordase sus glorias y decir al extranjero que cada nación no tiene nada que envidiar á otra.

No obstante, una estatua vista filosóficamente es ridícula. ¿Por qué? porque eterniza un puñado de polvo sepultado en una tumba y porque la eternidad no es para lo deleznable y grosero sino para lo puro y lo ideal: una estatua parece una declaración de guerra hecha á la providencia por la humanidad que opone su orgullo á sus inapelables fallos; la providencia dice: «destruyo» convirtiendo en polvo la materia y la humanidad dice: «¡levanto!» animando lo inanimado con la vida del arte.

Las revoluciones políticas deben respetar las estatuas, porque no pertenecen al presente sino al porvenir, y sin embargo, las echan por tierra degradando con semejante acción la

causa que anhelan ó defienden; un monumento es tan inviolable como un sagrario; el pueblo ó la nación que esto olvide debe desaparecer de la faz del Universo, porque es un crimen pisotear y arrastrar una tradición para dar lugar á la reforma y al error.

Nada hay más hermoso que ver á los pueblos prosternados ante el recuerdo de sus tradiciones; ¡qué horrible es ver cómo la guerra los dispersa derribando sus sacrosantos altares sobre inmensos charcos de sangre y montones de cadáveres! La paz es la vida de los mundos; ¡qué diferencia tan grande existe entre la paz y la guerra! La paz es la hija de Dios y la guerra la hija del averno; la paz sera eterna y... ¡la guerra también!!... ¡Lástima grande que el soplo de un genio no la convierta en piedra, un titán la levante, un pedestal de hierro y un ángel escriba al pie de la infernal estatua en letras de oro este hermosísimo epitafio: «Aquí yace la guerra»!

Las estatuas colocadas en los sitios públicos tienen una misión y un defecto: la misión es el recuerdo y el defecto la antítesis; el contraste que forman con la vida y la moda esas figuras blancas condenadas por la imposibilidad humana á permanecer inmóviles sobre un mundo que gira y una sociedad que vive.

Las gentes gastan tarjetas para acreditar su personalidad y las estatuas necesitan de un rótulo más ó menos elegante para que los vivos digan al verlas: «efectivamente, este es fulano.»

Las estatuas también tienen su orgullo y su pudor; su orgullo es la elegancia con que el artista labró su conjunto y su pudor estriba en los marmóreos pliegues de sus vestiduras pareciendo como que en sus cerebros de roca penetra el convencimiento de que el traje es el pase que da la vanidad para viajar por el mundo y presentarse en la escena de la vida sin ser silbado.

No hay en los sitios públicos una estatua que esté desnuda, porque sería una anomalía, un fenómeno igual al que ofrecerían una señorita y un señorito, una vieja y un viejo presentándose en cueros vivos y cogidos del brazo.

En suma; reuniéndolo todo, formando un solo conjunto con los seres de piedra y los seres de carne resulta que la humanidad es una colección de estatuas de barro que va la muerte aplastando.

MANUEL LORENZO Y D'AYOT.

EL CISNE DE VILAMORTA

Cuando D.^a Emilia Pardo Bazán publicó *La Tribuna*, escribí yo cierto articulillo con pretensiones de crítico, en el cual, llevado del prurito de censurar, anoté prolijamente cuanto en aquella novela me pareció defectuoso, pasando á la ligera y como sobre ascuas, por lo que me pareció bueno y digno de loa. Resultó por esto aquel juicio mío más acre de lo que me proponía y desde luego inexacto reflejo de mi pensamiento ó de mi estado emocional, que diríamos en términos de novísima psicología.

Hago esta salvedad al cabo de tanto tiempo, para descargar de mi conciencia que no ha cesado de remorderme desde entonces, y á modo de medida profiláctica contra lo que pueda ocurrirme en la ocasión presente, al pretender juzgar *El Cisne de Vilamorta*.

Tantos elogios he oído de esta novela, unos en presencia y otros á espaldas de la autora, que como el maestro Vicente Espinel (aunque sea mala comparación) antes de *echar en el corro su Escudero Marcos de Obregon*, «la confianza y la desconfianza, me hacen una muy trabada é interior guerra. La confianza llena de errores, la desconfianza encogida de terrores: aquella muy presuntuosa, y estotra muy abatida: aquella desvaneciendo el cerebro, y ésta desjarretando las fuerzas.» Pero así como el gran maestro determinó «de poner por medio á la humanidad, que no sólamante es tan acepta á los ojos de de Dios, pero á los de los más ásperos jueces del mundo,» así yo me determino á poner por medio á la buena fe y á la sana y desinteresada intención que guían mi pluma.

Eso sí. Al contrario de lo que ocurría á la maestra de *Vilamorta*, creo no tener aposentada la facultad crítica en las cavidades cardiacas, y alentado por las ideas que más de una vez he escuchado de labios de Emilia Pardo Bazán acerca de los estrechos deberes de los críticos, ó de los que oficiamos de tales á falta de otros mejores, voy á decir sin ambages ni rodeos todo lo que pienso respecto de *El Cisne de Vilamorta*, no ocultando lo malo ni escatimando alabanzas á lo bueno.

No perderé el tiempo en discutir si la última novela de la distinguida escritora coruñesa es idealista ó naturalista. Con el criterio vulgar y corriente distinguense con facilidad las obras literarias que pertenecen al primer genero, de las que pertenecen al segundo; basta con saber si abunda en ellas las escenas vaporosas y delicadas y los lances tiernos y patéticos, ó, por el contrario, las escenas puercas ó libidinosas y las descripciones prolijas y menudas. Pero con un criterio racional y científico, la tal distinción no es tan llana, sobre todo cuando se trata de las producciones de los buenos ingenios, que, por esta razón, se ven con frecuencia clasificados por unos como naturalistas y por otros como idealistas, según las aficiones y preferencias del clasificador.

A lo que yo alcanzo, el naturalismo no es, después de todo, sino un procedimiento que, si se ha de revelar y descubrir por fuerza en la obra, toca más directamente á lo que pudiera llamarse el fuero interno del autor. En este sentido, cabe afirmar que *El Cisne de Vilamorta* es una novela naturalista. Ya su autora ha hecho profesion de fe realista en otros libros, y principalmente en el intulado *La cuestión palpitante*, y en el prólogo del presente confirma y corrobora esta profesión.

Parcece que se ha propuesto la Sra. Pardo Bazán en *El Cisne de Vilamorta* estudiar y pintar por modo naturalista, el romanticismo, no ya en un individuo sino en varios y quizá en un pueblo entero. Nada encuentro en esto de censurable y hasta reputo de innecesarios las palabras con que trata de justificarse en el *Prólogo*, por haber descrito como subsistente en nuestros días y en nuestra sociedad el espíritu romántico. No sólo en las *pensadoras y concentradas razas del Noroeste* alienta y vive el romanticismo en la actualidad, sino en otras muchas de la Península, hasta el punto de que puede afirmarse, sin temor de incurrir en error; que son pocos los españoles que no llevan un romántico dentro. En este mismo Madrid, tan poco propicio en los tiempos que corremos al cultivo del romanticismo, ¡cuántos hombres no hay que, creyéndose de buena fe empedernidos positivistas ó naturalistas acérrimos, obran y hablan como románticos puros y acendrados!

Pasado ó presente, aislado ó general, el romanticismo era y es, para un autor naturalista, materia *novelable*, como diría Clarín. Estaba, pues, en su perfecto derecho la escritora gallega al hacer del romanticismo el asunto de su novela.

Pero ¿ha conseguido su propósito? ¿Son realmente románticos los personajes de *El Cisne de Vilamorta*, ó, cuando menos los protagonistas? ¿Qué puntos calzan de romanticismo? Esta es otra cuestión.

Por lo que á mí toca, declaro desde ahora, que el romanticismo que critico, no me satisface ni creo que satisfaga á otros. El protagonista, Segundo García, llamado por otro nombre *El Cisne de Vilamorta*, apenas si tiene otra cosa de romántico que el pseudónimo y la melena, y acaso, acaso, la afición á hacer versos de cierta índole. En todo lo demás es un señorito de pueblo como otro cualquiera, que no hace ni dice nada que sobresalga del común de los mortales. Sus amores con la maestra de *Vilamorta* y la llaneza con que se toma el café y se come las tortillas y los *bistés*, que ella le prepara, y se gasta sus ahorrillos, su horror á los pleitos y al trabajo en la casa paterna, sus paseos campestres, diurnos y nocturnos; sus conversaciones con el eco; su apasionamiento súbito por Nieves, la simpática *exministra*; su resignación y mansedumbre en los desengaños literarios y amorosos; su huida á América, y hasta aquello del cantar de los pinos y del horror á los cerdos, tienen tanto de romántico como de naturalista. Si, al menos, la tarde que fueron á oír cantar á los pinos se hubiese despeñado con Nieves por el precipicio, el romanticismo de Segundo García hubiera quedado justificado, aunque sólo fuera por aquello de que:

«Un punto de contrición
Da á un alma la salvación»;

pero también entonces, *un impulso animal, el ins-*

tinto de conservación, como dice la misma señora Pardo Bazán, pudo más en su héroe que la idea romántica, y se portó como Dios manda, y no como la escuela exige.

No. El Cisne de Vilamorta no es un romántico. Sin duda el modelo que Emilia Pardo Bazán se propuso al trazar la figura de Segundo García, tenía aficiones y preferencias románticas; pero no lo era en el fondo. La noveladora ha descrito bien lo que ha visto; pero ha errado en la elección. Por lo demás, el carácter de Segundo García resulta como esfumado y desvanecido y sin el realce que fuera menester, aunque no carece de rasgos de finísima observación.

Mucho mejor visto, con más vigor pintado y más profundamente impregnado de romanticismo, está el carácter de Leocadia Otero, la maestra de escuela de Vilamorta. En mi sentir, merecía esta mujer haber dado nombre y asunto á la novela, no sólo por responder mejor su carácter á los designios de la autora, sino también por ser más real y de mucha más originalidad y de mayor alcance que el de Segundo García. Hay en la historia de Leocadia Otero momentos y trazos felizmente observados y de mano maestro descritos; la lucha entre el cariño que siente por su hijo y el amor que le inspira *El Cisne*; los enfriamientos del uno, coincidiendo con las exaltaciones del otro; la solicitud con que cuida á su poeta y procura regalarle el pico con los manjares más exquisitos que saben preparar sus manos, solicitud en que manifiesta por modo toscos, pero real y humano, el entrañable amor que le profesa; el desinterés con que se desprende de todos sus ahorros y compromete el porvenir y hasta la vida de su hijo, para que *El Cisne* luzca buenos trajes é imprima sus versos, su trágica muerte, en fin, son rasgos, y escenas de gran mérito que no desdecirían en las obras de nuestros buenos novelistas contemporáneos, y que acreditan á la autora de sagaz ingenio y de delicada *perceptividad*.

Todos los demás personajes de la novela, y son muchos, representan en ella un papel muy secundario. La misma Nieves no viene á ser, después de todo, sino el fuego que se pone al lado de *El Cisne* para que se prenda su estopa. Se me antoja un tanto falso el carácter de esta mujer, aunque la conoce uno tan poco tiempo, que no alcanza para entenderla bien. Su marido, el Excmo. Sr. D. Victoriano Andrés de la Comba, es un esbozo bastante feliz y bastante exacto. Las precocidades de Victorina, la hija de este desigual matrimonio, parecenme muy verosímiles y están expresadas con suma delicadeza. Pero el perfil más hermoso de todos estos personajes de segunda fila es, á mi modo de ver, el de Flores, la criada de Leocadia, trazado con cuatro rasgos vigorosos.

Sería imposible y enojoso hablar uno por uno de los restantes: en general puedo decir que los reputo por apuntes bastante felices, como tomados *d'après nature*.

Antojásemela acción, la trama, lo más endeble de toda la obra. Será muy natural, muy desembarazada de obstáculos y de episodios inútiles, todo lo que se quiera; pero es tan sencilla, tan ingenua, tan primitiva, por decirlo así, que casi desde las primeras páginas se columbra todo lo que va á pasar! No hay allí artificio de ningún género, pero no hay tampoco gran interés. He oído decir á varias personas de refinado gusto literario y de vasto entendimiento, que les ha interesado vivamente la lectura de *El Cisne de Vilamorta*: de mí no puedo afirmar otro tanto. Será prevención, será embotamiento de la sensibilidad; pero con franqueza declaro que no me ha llegado á lo vivo, como vulgarmente se dice.

¿Quiere esto decir que la novela me parezca mala? No. La tengo, no sólo por una de las mejores de la señora Pardo Bazán, sino por una de las mejores que se han publicado este año. Con respecto á las anteriores de la ilustre escritora coruñesa, notanse en ésta evidentes progresos por lo que toca á la pintura de los caracteres y á la observación psicológica.

Abunda *El Cisne de Vilamorta* en escenas hermosas y agradables, y en descripciones de primer orden. Es el talento de Emilia Pardo Bazán esencialmente descriptivo, y por esto luce á maravilla en esas pinturas de la naturaleza, de los campos siempre bellos de Galicia, de los risueños pueblecillos, de las sencillas, aunque no puras costumbres del Noroeste de España, que esmaltan sus obras y constituyen uno de sus mayores encantos. ¡Qué papel

tan importante desempeñan en *El Cisne de Vilamorta* los pinos, las vides, el Aveiro, el eco toda la naturaleza exterior! Sin ella apenas se comprendería la novela.

No señalo cuáles escenas, ó cuáles capítulos me parecen mejores, por no detenerme á elegir y por las dificultades que en ello encontraría. Sólo anotaré una que creo importante omisión. ¿Cómo no se dice nada de las murmuraciones y de la oposición que en *Vilamorta* debían encontrar las ilícitas relaciones de la maestra de escuela con *El Cisne*? No carece de trascendencia este extremo, porque, humanamente pensando, era natural que influyera en la suerte de ambos personajes. Así por lo menos lo entendió Pérez Galdós, cuando escribió en *Gloria* el capítulo que se titula *Las leñadoras de Ficóbriga* por ejemplo, y Alarcón cuando escribió *La Pródiga* y otras de sus novelas. A lo que parece, en Galicia no se da á ciertas cosas la misma importancia que en otras partes. Allí se las hayan los gallegos con sus anchas mangas.

Algo me proponía decir del estilo y del lenguaje de *El Cisne de Vilamorta*; pero como no puedo hacerlo, por la ya desusadas dimensiones de este artículo, me conformaré con apuntar que, con buen acuerdo á mi entender, la señora Pardo Bazán, ha conservado en los diálogos el giro y los modismos gallegos, ya que no las palabras. Da esto mucho sabor á las novelas, porque, como decía Fray Luis de León, «cada lengua y cada gente tiene sus propiedades de hablar á donde la costumbre usada y recibida hace que sea primor y gentileza lo que en otra lengua y en otras gentes parecería muy tosco.» El modo de hablar es un rasgo tan característico de los individuos y de los pueblos, como pueden serlo los de la fisonomía, y no hay razón para que el novelista no lo aproveche hasta donde le sea posible.

Sé que la ilustre escritora coruñesa tiene entre manos otra novela; como sus talentos artísticos y facultades de noveladora están en vías de progreso, no creo equi vocarme al afirmar que se separará á las anteriores.

JERÓNIMO VIDA

EN EL PRIMER ANIVERSARIO

DE LA TOMA DE JOLÓ

Lejos de los patrios lares
Cual buenos van á lidiar,
Y con ánimo á afrontar
De la guerra los azares.
Del Sur los traidores mares
La hispana flota cruzó;
Su fantasía soñó
Con ese mundo esplendente,
Que no está, si está en Oriente,
En las playas de Joló.

En su loco fanatismo
Audaces nos insultaron;
No creyeron, ó dudaron
Que hubiéramos tanto heroísmo.
La enseña del cristianismo
Se dirigió á aquel islote:
Y á ser del pirata azote,
Unánimes se han brindado,
El marino y el soldado,
El seglar y el sacerdote.

Allá nuestros bravos fueron,
Y los hijos del Corán
Defraudando nuestra afán
Como reptiles huyeron.
Con gloria allí sucumbieron
Esforzados capitanes:
El pueblo de Magallanes
Y el Islamita vencido,
Muestran que no se ha extinguido
La raza de los Guzmanes.

El pueblo que tiene historia
No sabe esquivar las lides:
La patria que tiene Cides
No duda de la victoria.
Y no es que avara de gloria
Tras la fortuna propicia
La impulse la ruin codicia
Por aumentar sus laureles:

¡Marcha contra los infieles,
Guiada por la Justicia!

Como buenos pelearon;
Como leales vencieron;
Como quien eran murieron;
Como valientes triunfaron...
Dichosos los que alcanzaron
Llegar á seguros puertos.
De honor y gloria cubiertos,
Gozan los pechos altivos,
Laureles sin fin los vivos,
Lágrimas sin fin los muertos.

El joloano rendido
Y refractario á la fe,
No vale una gota de
La sangre que se ha vertido.
Mas humillado y vencido,
Su vacilante poder
Lograrán desvanecer
La humanidad y el derecho;
No es caro lo que se ha hecho,
Cuando lo manda el deber.

Hoy por destino contrario
Cubierta España de luto,
Tumbas mil en fiel tributo
Visita este aniversario.
Si en el bosque solitario,
Resuena extraña oración,
Es de la Ibera nación;
Qué en Joló sus ojos fijos,
Ruge y llora, por sus hijos
El castellano león.

Mártires que vuestra vida
Dísteis con santo delirio
Y la palma del martirio
Ostentáis con frente erguida;
La madre patria no olvida
El valor y lealtad
Que engrandecen nuestra edad,
Esclarecen vuestra fama,
Y en este día os proclama
¡Honra de la humanidad!

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS

La tenía agarrada por el gañote, entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, y me disponía á darle muerte y sepultura alevosa, sumergiéndola en el vaso de neche, no enjuto por completo.

—¡Maldita pulga!

Había ieterrumpido uno de los sueños más dulces de mi vida.

Figúrense ustedes que yo soñaba...

¿Qué soñaba?

¡Ah! sí...

Soñaba que la bella Enriqueta, una americana de ojos oscuros como el abismo y cabellos negros como la sombra, se hallaba reducida por mis ternezas. Soñaba que me lo había confesado así en un inefable coloquio de media hora. Soñaba que su voz ibase haciendo titilante, y su mirada ibase haciendo vagorosa á medida que avanzaban sus revelaciones. Soñaba...

La pícara pulga cortó el hilo de este ensueño, digno de un sultán dichoso, con indiscretas picaduras.

Pero, ¡qué picaduras las suyas!

En un punto me hicieron olvidar la dama de mis pensamientos, y los pensamientos de mi dama; en un punto me precipitaron desde la cúspide de las ilusiones del amor, en las profundidades de la prosa de la existencia.

¿No merecía morir de mala muerte el vil animalito?

Claro es que las pulgas han de picar alguna vez, so pena de la vida, y claro es, asimismo, que en cualquier coyuntura en que nos piquen, han de causarnos molestia muy sensible.

Pero escoger el momento supremo de la felicidad fingida, que es la única felicidad ver-

dadera, para amargarnos con el presente de las ordinarias miserias, ni tiene perdón en el tribunal de las conciencias inflexibles, ni tiene nombre en el diccionario de las felonías mundanas.

Disponíame, pues, como llevo dicho, á hacer justicia seca, cuando el bicho, irguiendo cuanto pudo la cabeza, me dirigió con lastimoso tono estas palabras:

—Yo te podría contar cosas muy reservadas de la hermosa Enriqueta, porque yo soy sutil y penetro con mi liviano cuerpecillo donde apenas les es lícito llegar á tus deseos y á tus apetitos de grandeza: yo te podría contar cosas muy reservadas de Enriqueta si tú no fueras cruel y te empeñaras en hacerme pagar con la muerte la culpa de una mortificación leve é involuntaria.

Esa brusca manera de reauudar el encanto de mis ensueños, constituía una especie de inesperada compensación de su flaco servicio y paralizó instintivamente el curso de mis vengadores propósitos.

Aflojé, desde luego y sin quererlo, los dedos entre los cuales mantenía medio agarrotada á la pobre pulga y exclamé en el diapasón de la sorpresa más bien que en el de la cólera, pero bajo, muy bajo, como si temiese ser escuchado por quien no debiera escucharme:

—¿Dónde has averiguado, villano insecto, el nombre de una mujer, no ya dueña de mi alma, sino reina del mundo?

—¿No lo presientes?—murmuró la pulguita.

—No—respondía casi abochornado.

—El fondo de esa gotita de sangre que acabo de chuparte—dijo—llevaba tu secreto y me lo ha trasmitido del propio modo que otra gotita de sangre me trasmitió el de ella, pocos días hace.

—¿De veras?

—De veras.

—¿No sabes que en la sangre está la vida, añadió el animalejo, la vida con sus quimeras, con sus egoísmos, con sus generosidades, con sus impurezas? ¿No sabes que apoderarse de la vida y apoderarse de la sangre viene á ser todo uno?

—Cuenta y no filosofes—exclamé yo en mis impacencias; frunciendo el ceño.

¡Voy á saber algo triste ó alegre! ¿qué voy á saber?—pensaba en mis adentros.

Y la fiebre me devoraba.

Por otra parte, sentíame como arrepentido de elegir un confidente tan ruín de mis pasiones, un instrumento tan humilde de mis curiosidades aun cuando me argüía á mí mismo que sólo lo que es humilde puede prestarse á servir de instrumento, y sólo lo que es ruín puede prestarse á servir de confidente en asuntos de amorosa naturaleza...

El diablo de la pulga, parecía leer dentro de mi espíritu.

Al colmo de la perplegidad había yo llegado, curioso é irresoluto, quería y no quería al propio tiempo, cuando ella, con melosísimo acento me preguntó:

—¿Hablo?

—Cuanto antes.

He ahí mi respuesta.

—Era una de esas calorosas tardes de esta otoñada, empezó á decir la enemiga de mi sosiego, acababa de arrojar para reposar el almuerzo la linda joven sobre un blando diván de seda rojo, guarnecido de blondas y flecos...

—¡Adelante!—gritéla furioso.

—Mira; es preciso que te acomodes á mi literatura habitual si quieres escucharme—replicó haciéndome un mohín de académico contrariado, el estilo es la pulga.

—Bien, bien: prosigue, díjela.

—Yo erraba melancólica por entre el laberinto de encajes y bordados que ocultaban su blanco seno, pensaba en la brevedad de mis ya contados días, continuó la pulga, escarabajaba las puntillas, y los reales con mis inmóviles patas que obedecían al impulso de mis recuerdos, sentíame desfallecer por instantes, olvidando hasta que hubiera sangre en las venas...

Hizo en este punto de la narración una pausa mi interlocutora para lanzar un suspiro á los aires, é inmediatamente siguió en su relato, diciendo:

—Y para sacudir el peso de la tristeza, dí un salto que me colocó entre Scila y Caribdis repentinamente.

—¿Cómo has dicho?—repúsela.

—Sí, entre los dos escollos eminentes que el pecho de la mujer ofrece á los castos arrobamientos del hombre, me contestó: yo también poseo mi poquito de cultura clásica, como vuestros doctores en letras, hubo de añadir, y me agrada como á ellos amenizar con sabias reminiscencias el racional discurso.

—¡Otra digresión todavía!—clamé sin ser oído.

—Allí, acurrucada en la estrecha canal divisoria, más suave que las hojas de la rosa y más nítida que los pétalos de la azucena y más transparente que las dudas del espacio, balbuceaba el insecto, entretanto, allí acurrucada, olvidé mis pesares...

—¡Atrevida!

—¡Hola! ¡hola! ¡Eres celoso?

Semejante observación me llenó de vergüenza

¡Celoso de una pulga!

Ella, reanudando, me dijo:

—Oía yo ruidos extraños, semejantes á los precursores de grandes terremotos, bajo la bóveda delicada que me estaba sirviendo de hemisferio, oía yo palpitations anormales de sentimientos encontrados, hasta cierto punto comparables al oleaje de la mar agitada por varios vientos.

La corteza finísima de aquel seductor continente ondulaba como las aguas del lago, temblaba como las enamadas del bosque, gemía como los ecos de la selva, rugía como la entraña de los volcanes.

Pasaba algo solemne por debajo.

¿Qué pasaba?

¿Un apocalipsis?

¿Un génesis?

Las dos cosas.

—Explicáte, mi amiga, prorrumpió en este punto.

—¡Ves! Ya somos amigos, y apenas ha unos instantes que me amenazabas de muerte. ¡Cuán mudable es el señor de la tierra! ¡Ya somos amigos y aún ignoras...

—¡Por piedad! Acabemos.

—Conviene advertir que no habitaba yo sólo aquel paraíso de delicias.

—Piensa bien lo que dices.

—No estaba sola, no.

A mi derecha tenía por compañero un precioso medallón de oro esmaltado en negro, pendiente de un cordoncito de seda negro también; á mi izquierda, y medio encubierto por los accidentes de la topografía, un hechicero lunar del tamaño de media lenteja, interrumpía la blancura de la superficie.

—El guardapelo encerraba...

—Sí, lo que suelen encerrar los diminutos cajones de su especie; rizos...

—¡Rizos!

—Precisamente.

Uno castaño, que debía haber pertenecido á tu cabello, en el anverso; en el reverso, uno rubio, muy rubio, que debió ser en otro tiempo...

—¿De quién?

—Yo he creído sorprender un nombre pronunciado muy quedito.

—A ver...

—Fe... Fel...

—¿Feliciano?

—¡Vaya!... Se me ha olvidado...

Pero, ¿qué vale un nombre más ó menos sonoro al lado del lunar tentador de que te hube de hablar antes?

¡Qué lunar, santo cielo!

Yo lo miraba con ojos imparciales y no le encontraba rival entre los más famosos...

—Te advierto que aún te tengo prisionero, murmuré yo, al tiempo mismo en que mis nervios, agitados por la emoción, dejaban entreabiertos mis dedos pulgar é índice y el paso libre á la pulguita.

Aprovechó la coyuntura, y de un salto se me plantó tras de la oreja. Asomó el hociquillo por sus repliegues, y deslizó en mi oído burlesca carcajada.

—Seamos justos, añadió en seguida.

Si te hubieses encontrado en mi puesto, severo moralista, ¿no habrías hecho lo que yo?

La abeja liba la miel en la corola de las flores, las flores toman sus esencias del laboratorio de la madre tierra.

Yo besé respetuosa el oscuro botón que se destacaba en el campo cubierto de jazmines...

Y me había costado cara mi cortesía á no andar lista.

La gentil criolla se disponía á castigarme. Sólo que yo ya habia recorrido largo trayecto antes de que ella se hallara en condiciones de venganza.

¡Si tú pusieras alguna vez los ojos donde yo puse las patas en mi fuga!...

—¿Te chaceas, pulguita?

—¡Ea!

¿Quieres conocer las medias que calza, los afeites con que se perfuma, las perfecciones de que se envanece? ¿Quieres conocer la postura en que se duerme, el sentimiento con que se acuesta, la esperanza que le abre los ojos, el vocablo que se los cierra?

Para un enamorado son esas grandes cosas.

—¡Basta! prorrumpí, loco de ansiedad, fatigado de zozobra.

¡Basta!

—Me has llamado tu amiga y quiero dejarte un testimonio de amistad antes de despedirnos.

—Pero...

—¿No quieres?... Pues... ¡adios!... voy á llevar noticias tuyas á la incomparable Enriqueta.

Y desapareció la parlantepulga.

Tal vez á estas horas estará revolcando por el estercolero las memorias queridas de mi alma.

¡No más piedad en adelante!

La primera que coja entre mis dedos, sin dar tiempo á sus súplicas, sin prestar atención á sus zalamerías, muera de la muerte vil que mereció la otra.

PABLO NOUGUÉS.

¡CANTO!

Al lado de tu reja
dos pajarillos
he visto que afanosos
hacen su nido,
quieren los pobres
aprender en tu acento
modulaciones,

Por eso, cuando á Oriente
se asoma Febo,
que es siempre cuando dejas
tu niveo lecho,
no te saludan,
y es porque tus cantares
con ansia escuchan.

Canta, niña hechicera,
trovas sencillas
que con ellas alegras
lasavecillas,
mi niña, canta,
que tu cantar alegre
tambien mi alma.

R. ORTIZ Y BENEYTO

INGLATERRA Y LAS ISLAS FILIPINAS

I.

El tratado comercial entre España y la Gran Bretaña ha fracasado.

¿Por qué?

Según los ministros ingleses y españoles, porque los primeros pretenden que Filipinas quede comprendida en el nuevo tratado, y los segundos se resisten á ello.

¿Tiene tanta importancia el comercio de Filipinas con la Gran Bretaña, para ser causa legítima de aquel hecho gravísimo?

Veamos de esclarecer el punto con imparcialidad severa.

Creemos que sí; creemos que tiene la importancia que se le atribuye.

Filipinas va camino de no ser más que una colonia nominal de España.

El gobierno de la Gran Bretaña acaba de descorrer el velo.

Nuestro deber es señalar el peligro.

El inmenso imperio que jamás dejaba de alumbrar el sol, se va reduciendo á los más estrechos límites.

De nuestra grande España europea del siglo XVI nos faltan ya Portugal y Gibraltar.

Con estos despojos comienza la triste historia de la desmembración del territorio de la Península; historia que continúa en Ultramar hasta el año último con la usurpación de hecho del Norte de Borneo.

Recordemos los sucesos y tratemos de descubrir á través de ellos el porvenir que se nos prepara.

II

En 1762 los ingleses se apoderaron de Manila.

Un bravo indígena, el gobernadorcillo de Pagsauján, anticipándose en medio siglo al alcalde de Móstoles, declaró la guerra al poderoso invasor, en nombre de España, en los momentos precisamente en que los representantes de la patria en aquel leal territorio transigían con el inglés.

Un insigne magistrado, D. Simón de Audá, asumió luego la representación nacional; y secundando el noble grito del alcalde filipino, consiguió arrojar de Manila al ejército británico.

El comercio de Filipinas estaba entonces circuncrito á España.

Pero Inglaterra, que conoció bien la riqueza y el porvenir de aquel territorio, no ha separado de él desde entonces sus miradas ambiciosas.

A principios de este siglo, en 1824, se apoderó de la llave del estrecho de Sumatra, de Singapoore, puerto situado á ocho días de Manila.

Perdidas para España las Américas, por cuya mediación (Méjico y el puerto de Acapulco sobre el Oceano Pacífico) hallábase establecida una parte importante del comercio de la Península con el Archipiélago asiático, la comunicación entre Filipinas y la madre patria tenía que hacerse exclusivamente por el cabo de Buena Esperanza y los estrechos de la Sonda.

Dueña de Singapoore la Gran Bretaña dominaba el mar de China y la entrada del de Mindoro en el centro de las Filipinas. El comercio nacional le rendía así tributo.

Nuestras naves recalaban más al Norte, remontando á la Formosa, y los ingleses en el año 1839 se instalaron en Hong-Kong, á 72 horas de Manila y frente á este puerto, disputándonos el comercio con China.

Tuvimos, pues, que buscar paso por el Estrecho de Basilán; y el año 1844 necesitamos tomar á mano armada la isla de este nombre, á fin de evitar su ocupación por los franceses y librarnos de las asechanzas del agente inglés sir James Brooke.—Desde 1836 venía éste trabajando en contra de España en aquellos mares, y en 1841 izó el pabellón británico en Sarawak.

«Si Singapoore está en el derrotero de Europa á la Indo-China, Basilán está en el del Oceano Pacífico, la costa Oeste de América y la de Australia á los puertos de China y las Filipinas».—Estas fueron las frases con que Mr. Guizot intentó justificar las pretensiones de Francia é Inglaterra sobre aquel punto extratético.

Mas al ver nuestros enemigos el fracaso de sus planes, aún intentaron contrastar nuestras conveniencias. En 1849 se trasladó á Zamboanga con la fragata de guerra inglesa *Maeander*, el mismo sir James Brooke, recientemente nombrado gobernador de Labuan.

Por sus intrigas se nos obligó á sostener sucesivamente en 1849 y 1851 las campañas de Balanguingui y Joló, campañas que facilitaron á nuestros buques un paso libre por aquellos mares.

En 1858 pretenden discutir otra vez nuestros títulos al Estrecho de Balabac; y el gobierno de Manila, á fin de eludir toda disputa, resuelve la ocupación de la isla de aquel nombre, primero, y de la Paragua después.

Todo el mar de Mindoro parecía ya definitivamente español, cuando hé aquí que los ingleses intentan instalarse en el Archipiélago de Joló.

Nuestras tropas salvan el honor y los intereses de España apoderándose en 1876 de la sultanía de aquel nombre; y cuando la cuestión parece resuelta, los mismos que se anidan en el Peñón de Gibraltar se apoderan de improviso de la costa Norte de Borneo, con lo cual vienen á ocupar otra parte del territorio español.

Ahora se busca la sanción de este despojo mediante un tratado; y, firmes en sus antiguos propósitos, los enemigos de nuestra dominación intentan además otro por medio de su flamante pretensión respecto del *modus vivendi*, recientemente convenida con el gobierno de España.

¿Cuáles son los móviles que impulsan á la Gran Bretaña á buscar por tan diversos modos y con tanta insistencia la manera de instalarse unas veces y de influir directamente otras en el Archipiélago Filipino?

Un celoso y antiguo funcionario de la administra-

ción española, el Sr. D. Felipe Govantes, lo dice en su «Historia de Filipinas». La importancia de estos países, está demostrada por el empeño de los ingleses en apropiarse terrenos con diferentes pretextos y fórmulas. Es digno de llamar la atención cómo han ido escalonándose los ingleses hasta cerca de Filipinas, por la parte de Borneo. Los mapas unidos en la obra en italiano que sobre Borneo escribió nuestro intrépido misionero P. Carlos Cuarteron, aún residente en esas tierras, nos demuestra palpablemente lo que decimos.

III

Desde el comienzo de la dominación española, la actitud de Inglaterra fué vista con recelo por nuestros compatriotas residentes en el Archipiélago.

De aquí, en gran parte, la serie de disposiciones restrictivas para el comercio extranjero, que registramos en los autos acordados de la Audiencia de Manila, que es una como legislación especialísima de las islas.

De aquí también que, para los indígenas del Archipiélago, no hubiese en Europa mas que españoles é ingleses, confundiendo con estos últimos, hasta hace poco, á todo el que no fuese peninsular.

Las restricciones dichas no eran sólo comerciales: prohibían asimismo la permanencia de los ingleses en otro punto del país que no fuese Manila; y aun en la capital no deberían residir sin previa licencia, con carácter interino, y fuera siempre de la ciudad murada.

Les estaba igualmente prohibido adquirir propiedades en el Archipiélago.

Aprovechada, sin embargo, á principios del presente siglo, de la alianza anglo-española, no tardaron en ir á establecerse á Manila algunas casas comerciales.

Recordando, sin duda, los fundadores la suspicacia de la legislación local, sus operaciones tuvieron un carácter circunspecto.

Se amoldaron, en primer término, en su constitución á las leyes patrias.

Sus jefes obtuvieron licencia para residir en el país; se matricularon como comerciantes, é inscribieron en el registro correspondiente sus escrituras sociales. Eran españoles la mayor parte de sus dependientes, y cuidaban de que sus transacciones no tuvieran el carácter irritante de la explotación usuraria y sin conciencia.

El sistema de *anticipos sobre productos á recolectar*, que tanto perjuicio causa hoy en nuestras provincias del litoral del Mediterráneo, sistema implantado por el comercio inglés, no tuvo prosélitos en Manila.

Allá se estableció, con general aplauso, el de *ventas de adición en día* y comerciantes y cosecheros vivieron en paz, aunados sus intereses durante cerca de medio siglo.

Gracias á esta armonía, el comercio prosperó y los extranjeros concluyeron por captarse las simpatías y la confianza del país.

Sus casas no se limitaron al estrecho límite de agencias de comisión, sino que extendieron sus operaciones, constituyéndose en Bancos de ahorros de un pueblo económico y trabajador.

Pero ¡cosa extraña! Al par que el poderío comercial inglés aumentaba en Filipinas y los extranjeros obtenían facilidades para su establecimiento en el país, mediante el amparo de la bandera británica y la tolerancia de las autoridades con el desuso de la legislación en vigor, se iban estableciendo, sin que nos diéramos cuenta de ello, toda clase de trabas contra el comercio español, el cual se ve ya reducido al extremo alarmante que acusa la estadística mercantil de 1884.

Véanse estos datos:

El comercio de importación y exportación de Inglaterra con Filipinas en 1762, cuando se apoderaron los ingleses de Manila, importaba sólo unos 100.000 pesos: el del año 1834, ascendió á 20.000.000 DE PESOS!!!

En cambio, el comercio de Manila con Méjico, que era por donde, como hemos dicho, se hacían las transacciones con la Península, montaba en 1762 á 8.000.000 de pesos (1); durante el pasado año, el de esta última con su colonia, sólo ascendió á 1.000.000 DE PESOS!!!

El comercio inglés, como se ve, viene tomando proporciones amenazadoras y absorbentes, mientras que el de la verdadera metrópoli desfallece.

En relación con estos hechos, se encuentra además: Que entre la Península y Filipinas, no existe más que una línea de vapores, línea que, por cierto, comienza y termina sus viajes en Inglaterra, y que de esta nación á Manila, existen en la actualidad, ocho líneas constantes y con fechas fijas de salida.

Que el flete entre Barcelona y Manila es de 25 pesos por tonelada, y el de Liverpool á Londres para Manila, Ilo Ilo y Cebú, sólo llega á la mitad, ó sea á 12,50 pesos por la misma unidad de carga.

Que el pasaje de España á Filipinas, en primera clase, no baja de 300 pesos, y de Londres ó Liverpool sólo cuesta, cuando más, 250 pesos.

Que los seguros de las mercancías hechos en la Gran Bretaña sólo importan de 3/4 á 1 por 100, y los de la Península no bajan de 1 1/2 por 100.

(1) Santayana. «La isla de Mindanao, su historia y su estado presente.»

Hé ahí las principales diferencias en nuestro daño en el orden comercial.

IV

Las ventajas de que disfrutaban los extranjeros, y sobre todo los ingleses, no son únicamente las ya enumeradas.

Vémoslo.

Quiere establecerse en el Archipiélago un español; pues no puede hacerlo si no encuentra quien fie por su honradez y sus medios de trabajo. El bracero, el colono peninsular, esa emigración llena de fuerza y vitalidad que enriquece á Argel y á la América española independiente, no puede dirigirse á aquel pedazo de la patria.

El infeliz entra en Filipinas como en su propia casa!... ¡Solicita su cédula de transeunte por conducto de su cónsul, quien tiene el deber de protegerle y ayudarle para obtener su residencia, y allí, sin fianza de honradez ni de medios de subsistencia, se convierte en vecino de Manila ó de cualquiera otra provincia!

Un médico ó farmacéutico español va á Inglaterra, y no puede rehabilitarse; pues el inglés puede ejercer su profesión libremente en todo el Archipiélago!

Un maquinista español necesita examinarse ó reválidarse sus títulos para ejercer su profesión en Manila: pues el maquinista inglés, con sólo un certificado en que se dice que es tal, llega á ocupar los puestos más lucrativos en la armada y en los departamentos oficiales de las islas!

Para el ejercicio de la profesión de arquitecto necesita título un español, y es profesión libre para el inglés!

Quiebra un español dedicado al comercio, y da en seguida con sus huesos en la cárcel, como medida de precaución. ¡Se alza, en cambio, un inglés en una isla, y sigue viviendo tranquilo en la otra, sin que se atrevan á detenerlo!

Negocia un español, sin estar inscrito en la matrícula del comercio, y se le aplican en todo su vigor las penalidades fiscales y las del Código mercantil; en cambio se da el escándalo de que casi no haya allá una casa extranjera que esté constituida legalmente! No hace mucho quebraron en aquella isla las casas importantísimas de «Russell y Sturgis» y «Martín Dyce y compañía», anglo-americana aquella é inglesa ésta, y resulta que contra lo que dispone el Código, ni una ni otra tenían socios con los nombres que ostentaban sus firmas.

Pues este abuso llega á lo indecible con relación á los Bancos ingleses existentes. Allá han radicado las sucursales de dos establecimientos de esta índole, y ninguno de ellos ha cumplido con las formalidades y requisitos prescritos por el reglamento de 16 de Agosto de 1878.

Allá funcionan dictando reglas al comercio local, estableciendo usos contrarios á la legislación del país, sin inscribir en el registro del comercio ni sus escrituras sociales, ni siquiera los poderes de sus agentes; comparecen ante los tribunales y sostienen juicios sin personalidad legal para ellos, y hasta se ha visto que sus peticiones se resuelven de plano sin oír siquiera á las partes perjudicadas, no obstante carecer de acción para sus pretensiones.

El importantísimo diario *Le Temps*, de París, publicaba hace poco un trabajo sobre la gravísima crisis comercial que aflige á Filipinas, y al exponer las causas que la han motivado, la atribuía á la acción de los citados Bancos ingleses.

Es de observar que en España ni en sus provincias de Ultramar impera la libertad bancaria. Los establecimientos de esa índole deben, pues, atenerse no sólo á las prescripciones del Código de comercio, sino á la legislación especial que les afecta.

En Manila existe el «Banco Español-Filipino» hace más de 25 años, y su crédito y solidez es reconocido y grande por la integridad, prudencia y patriotismo de sus directores.

Hace pocos años pensó su junta directiva en establecer una sucursal en Ilo-Ilo, el segundo puerto del Archipiélago, y el proyecto no pudo tener efecto, porque antes de darle forma,—¡por qué no decirlo!—la meticulosidad burocrática vió dificultades para su realización.

Más tarde se ha querido hacer lo propio en la Pampanga, mas pedido el permiso se le autorizó para el estudio del proyecto, con lo cual claro es que se dilata ad *Kalendas græcas* la realización de aquel utilísimo pensamiento.

Después se ha establecido en aquellas islas la «Compañía general de Tabacos de Filipinas» con un cuantioso capital, y entre sus negocios figuraba el de banca con la Península. Si el «Banco Español-Filipino» sirve admirablemente para facilitar las operaciones en plaza, la «Compañía general de Tabacos» iba á realizar una empresa patriótica al facilitar las transacciones con la metrópoli.

Casi al mismo tiempo que la «Compañía general de Tabacos», se fundó también en Manila una sucursal, el «Banco Peninsular Ultramarino».

Pues bien; ni el Banco Español-filipino ha podido extender su acción fuera de Manila, ni la Compañía general de Tabacos adquiere el desarrollo que se propuso, ni el Banco Peninsular hizo otra cosa que suspender sus

operaciones apenas establecido. En cambio han ido á dicha capital los Bancos ingleses The Hongkong and Shanghai Banking Corporation y The Chartered Bank of India, Australia and China, y prescindiendo de la legislación del país y de la supletoria de la Península, sin más autorización que la de sus propios agentes, han abierto sus oficinas para hacer la competencia á los establecimientos nacionales de crédito, dando principal impulso al comercio con los territorios de la Gran Bretaña. Y esos mismos Bancos, sin más que su propia autoridad, y sin más formalidades que su deseo, han establecido sucursales en Ilo-Ilo, y se dice que irán también á la Pampanga, anticipándose así á los nacionales.

Mas ¿cuáles son los beneficios que reporta á España su instalación en el Archipiélago?

(Se continuará.)

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

(Continuación)

El tabaco constituye la más preciada riqueza de el Archipiélago, y se da de tan buena calidad que puntos hay en que se encuentra tan bueno como el habano.

Su mayor cultivo se hace en las provincias de Visayas, Pampanga, Gapan, Nueva Ecija, y Cagayan, siendo quizá el superior el de esta última provincia.

Una vez recoleccionado, se coloca amontonado en los camarines, cobertizos destinados á ello, donde se le deja fermentar, se clasifica después en varias clases, por las dimensiones de la hoja, y en reunión de diez hojas ensartadas las ponen á secar en sitios donde haya corrientes de aire.

Cada diez de estos paquetitos de diez hojas, á que se da el nombre de *palito*, constituye una *mano* y treinta de estas un fardo.

El cultivo del tabaco ha estado sujeto á muchas disposiciones que por lo coercitivas han dado lugar á un contrabando escandaloso, sobre todo en la isla de Luzón que, por sus condiciones de suelo quebrado y montuoso y sembrado de bosques casi impenetrables, se presta grandemente al ilegal tráfico.

Hoy, que su cultivo es libre, además de cortarse muchos abusos, la riqueza tabacalera del Archipiélago ganará cada día más.

Gran parte del tabaco es embarcado para la Península y lo demás queda para el consumo de las islas.

Muy preciado es el tabaco filipino, pero es preciso para saborearle en toda su pureza fumarle allí; la travesía le quita la mayor parte de su valor.

Lo repetimos, el desestanco del tabaco en Filipinas es un beneficio inmenso para el país y para el cultivo de tan rica planta.

No debemos pasar por alto, más aún debemos hacer señalada mención del *bejuco*.

Según autores á quien se debe dar entero crédito, en la isla de Mindanao se hallan bejuco de 400 varas, alcanzando un decímetro de diámetro y es tal su consistencia y flexibilidad que suele emplearse para cables de las embarcaciones.

El bejuco tiene varios nombres, según su forma, como son: *ditan*, *palasan*, *yantoc*, *talda*, *curag*, *guai*, etc., y mientras el *curag* se cría derecho y de color encarnado sin exceder generalmente de dos metros, los demás se extienden por tierra, alcanzando las dimensiones que ya dejamos señaladas.

El *palasan*, conocido en España por el nombre de *roten*, se emplea para bastones, y es rarísimo el que se extiende más de cien varas.

El *bejuco*, en general, tiene múltiples aplicaciones; úsase, dividiendo en tiras su corteza para la construcción de asientos de regilla para muebles y camas, amarras, esteras, cuerdas, cestas y finísimos sombreros y petacas.

Cortado por su tronco, destila un jugo potable, al que se atribuyen virtudes medicinales, y los naturales hacen del pie ensalada cocida.

En *Maribeles*, monte próximo á Manila, también se cría el bejuco en abundancia.

De la misma familia hay otras enredaderas con que se hacen buenas cuerdas, el *baguin* que se emplea para atar fardos y resiste mu-

cho, y el *gruguin*, de color rojo, que, después de enroscado, no es posible desliarlo, además hay para los usos indicados la *flor de nácar*, *amargoso*, *cabellos de angel*, *flor del cáliz*, etc.

La palmera, llamada *Buli* ó *Buri*, abunda mucho en el Archipiélago, y su estudio es curioso por sus múltiples aplicaciones.

Su hoja, que mide más de metro y medio de larga y más de medio metro de ancha, se emplea en la construcción de esteras; hervidas sus espinas se extraen de ellas unos filamentos que sirven para la fabricación de otras esteras llamadas *sagorán*; del tallo de las flores, cortado diariamente, se obtiene el *tuba*, licor de gran estima, sobre todo como aplicable á la curación de la tisis; de la médula del tronco recógese la harina nombrada por los indios *yoro*, y *sagu* en Europa, y de su fruta madura, que se pone durísima, se hacen muchos caprichosos objetos.

Florece sólo una vez, ya viejo, y muere al madurar su semilla.

Como se ve, el árbol descrito es de gran importancia, pero aún podemos hallar otro de más preciosas condiciones.

El *coco*.

El *coco* es de los más hermosos y útiles.

Sin exageración puede asegurarse que en un cocal puede establecerse una colonia, sin que carezca de nada con los recursos que allí se presentan al alcance de su mano.

Todo cuanto tan precioso árbol produce es útil al hombre.

El *coco* da agua, vino, aceite, vinagre, cuerdas, vasos, escobas, materiales de construcción, para barnices, legía para jabón y otros artículos; con sus hojas se cubren los techos de las casas, su cubierta fibrosa sirve para hacer cuerdas.

El *tuba*, licor que del *coco* se extrae antes de fermentar, es excelente medicina para la tisis, para las hernias ó quebraduras recientes sobre la que se pone una hoja de tabaco impregnada de este precioso licor.

Se extrae el vino de *coco*, cortando por su extremo una espata y colgando una vasija que va recibiendo las gotas que destilan; después de algunas horas, fermenta y entonces se convierte en vinagre, el cual destilado produce aguardiente.

El aceite se usa para las luces, el tocado y como medicinal, pues dos onzas de él fresco es una excelente purga, y puesto á fuego lento con igual cantidad de vino de uva y dejando después que el vino se evapore, es eficaz remedio para las heridas.

El agua de su fruta, además de ser muy agradable, tiene también propiedades medicinales, como antiescorbútica y contra los pujos y disentería; y su leche (zumo destilado) tomado media taza en ayunas y después un poco de vino del mismo *coco*, acaban con la solitaria.

La carne, sabrosa cuando fresca, se conserva también para dulces, siendo generalmente conocida y apreciada la yema de *coco*.

Sería interminable la relación que de tan precioso árbol daríamos, y en honor de la brevedad, omitimos muchas de sus singulares propiedades.

La *piña*, que abunda mucho, es además de apreciable en su fruta, de aplicación también, para con los filamentos de sus hojas fabricar los valiosos tegidos conocidos con el nombre de *nipis*.

De gran influencia para la riqueza de Filipinas, debiera ser el algodón, que en aquel país, además de su abundancia, es superior.

Debemos hacer singular mención de la *banava* y el *molave* cuya madera resiste centenares de años los destructores efectos del agua.

La mayor parte de las maderas son de extraordinaria dureza, llegando hasta romperse, al labrarlas, las mejores herramientas.

Su variedad es inmensa, vasta la siguiente relación para convencerse.

En la provincia de Hocos Norte se cuentan 116 especies distintas de maderas, en Bataan 60, en Camarines 54, en Negros 65, en Cavite 23, en Zayabas 46, en Laguna 30, en Nueva Eeija 28 y en Mindanao, que es la isla muy poco conocida, hay 39, etc.

No se crea que el Archipiélago filipino produce sólo aquellos árboles y plantas que parecen propios de los países enclavados en la zona tórrida, no; en Filipinas, á la vez que la palmera, el coco y la piña, se encuentran castaños, avellanos y encinas, en los montes de *Mahayhay*. El *ibilo* tiene propiedades asimilables á nuestros pinos, pues produce una resina abundante y olorosa.

En frutas puede colocarse á Filipinas entre los primeros países por su abundancia y calidad superior, sin que su uso, y aun abuso, sea, en la generalidad de los casos, de funestas consecuencias, como acontece en otros puntos.

La fruta eterna, que así podríamos llamarla, es el *plátano*, y el *plátano* se ofrece en Filipinas de cincuenta y siete clases, la *guayaba* de tres, y para no cansar al lector con la enumeración de las frutas cuya variedad excede de ciento, y cuya nomenclatura fatigaría su vista, citaremos las más generales y apreciadas, como son la *manga*, el *lanson*, el *chico*, *mausei*, el *santor*, *zarzamora*, *limoncito dulce*, *cidras*, *cajel*, *naranja*, *limón*, *azofuifa*, *granada*, *melón* de la tierra y de Castilla, *sandia*, *was*, *higos*, *calabaza colorada*, *pili*, (especie de almendra), *castaña*, etc.

Verdolaga, *apio*, *hinojo*, *mejorana*, *yerba buena*, *yerba maría*, *tomates*, *pimientos dulces* y *pícaros*, y otros muchos productos para ensaladas, todo ello ¿no da una idea palpable de que el Archipiélago filipino es un suelo privilegiado por la naturaleza para que mimado con cariñosa solicitud por el hombre, fuera, sino el más hermoso y rico, de los más ricos y hermosos del globo? Si Filipinas no produce lo que no se quiere, y como en nuestro anterior artículo señalamos, tenemos la creencia firme de que la cebada se podía aclimatar allí, y ofrecer á la industria notables rendimientos, uno de los mayores quizá, puesto que ya lo indicamos, el de la cerveza, que hay que importarla de Inglaterra y Alemania, alcanzando, como es consiguiente, un alto precio.

Las flores de Filipinas son tales, que no vacilamos en creer es aquel jardín el predilecto, porque deffora. El *aromo*, *cinamomo*, *sampaguila*, *rosal de Alejandria*, *rosa de costa*, *ilangilang*, *rosal del Japón*, *claveles*, *gumamelá*, etc., son sin disputa las flores más delicadas del mundo.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID

Del mismo modo que la tempestad deshecha que en alta mar ruje y encrespa las olas y parece querer anadar el universo y escalar el cielo azul, turba la tranquilidad de la costa, arrojándola los restos del naufragio, tablas rotas de navíos poderosísimos que poco antes eran esperanzas sin fin, ilusiones sin cuento; así también, de cuando en cuando, la política militante, que agita las pasiones y conmueve las inteligencias, arroja á estas crónicas madrileñas—apartadas por su índole de toda agitación—reliquias de las batallas que riñe y los combates que libra. Pasar revista á los sucesos acaecidos en Madrid durante la última quincena, y no hablar, aunque indirectamente y de pasada, del cierre de tiendas y la alarma del día 20, es cosa imposible para el que quiera llevar nota de la vida pública cortesana. Objeto principal, si no único, de la atención de todos, de las conversaciones generales y de comentarios más ó menos penables por la ley de policía de imprenta, fuerza es registrarlos en estas columnas, como están registrados en la cartera del cronista, por doloroso que sea evocar recuerdos tristes y hechos más propios para olvidados que para ser tenidos en la memoria.

Espectáculo extraño, á la verdad, Madrid sin tiendas. Digno de verse, porque hechos de esa naturaleza no se repiten con tan rara unanimidad y no se crea que con esto vamos á juzgar aquí los móviles que impulsaron al comercio á tomar tan grave determinación indiscutible.

Causaba tristeza recorrer las calles más transitadas, los barrios más populosos, y verlos mudos y callados, como si de ellos hubiera huído la vida con lo que tiene de bullicio y animación.

Cerrados estaban los cafés, y sus constantes parroquianos paseaban por las aceras su aburrimiento, sin-

tiendo en su interior la necesidad no satisfecha, sufriendo la nostalgia de aquella mesa medio envuelta en la nube de los cigarros y sobre la cual se resuelven diariamente intrincados problemas de política, la vispera de un debate animado, se ganan victorias decisivas en épocas de guerra, y se juzgan libros y dramas como si sus autores fuesen enemigos personales de los que forman el corro; cerradas estaban las tabernas, y aprendices de ladrones, licenciados de presidio, jornaleros, holgazanes y chulos sin contrata, tomaban el sol por los barrios bajos, extrañándose ellos mismos de pasear á plena luz sus fachas patibularias. Los grandes comercios habían escondido sus vistosos escaparates y lujosas anaquelarias; las tiendas de seda no ostentaban sus colgaduras de tiras de encaje, toquillas de azabache y cintas de colores; las roperías habían guardado sus maniqués vestidos á la moderna, sus trajes de niños, sus blusas de hombre, que semejan cuerpos sin alma que sólo esperan para moverse y andar que por la abertura superior les crezca una cabeza y por las inferiores les cuelguen unos pies ó les aparezcan unos brazos para tomar parte en el concierto de la vida y pasar de la condición de cosas á la condición de seres animados. Todo estaba silencioso. En la atmósfera parecían vagar efluvios de revuelta; sentíase algo así como la calma que precede á las grandes tempestades. La gente formaba corrillos en las aceras, apoyándose en las puertas de las tiendas como si de un momento á otro esperase verlas abiertas nuevamente. Su actitud era pacífica, hablaban bajo, y no obstante, la misma singularidad del hecho hacía que su situación apareciese sospechosa. Nunca, á no ser en épocas tristísimas de revolución, han estado las calles tan en silencio, y en virtud del misterioso enlace de las ideas que los une en el cerebro en apretadas haces, de modo que al desprenderse una de ellas se desprenden también las que la siguen; en virtud de esa ley de asociación, sentíase como la presencia de un motín: motín extraño y singular, singularísimo; motín sin tiros, sin bravatas, sin gritos sediciosos, sin barricadas, sin fusiles; pero por lo mismo más grave, más imponente, más difícil de dominar. Protesta unánime de un pueblo unido en una sóla aspiración, en un sólo odio.

Entonces pudo palpase en el terreno de la realidad lo cierto que es ese principio ya corriente en el terreno de las ideas: que el comercio es la verdadera vida de los pueblos, manifestación la más evidente de su fuerza, reflejo el más exacto de su prosperidad presente y venidera. Madrid sintiendo semejaba una ciudad muerta. El movimiento de coches y tranvías sonaba con más fuerza que otros días en medio de las calles silenciosas. Faltaban una porción de notas á ese inmenso concierto que parece salir del seno de las ciudades populosas; faltaban los ecos de las conversaciones sostenidas en los cafés, los ecos de las disputas entabladas en las tabernas. Las tiendas de comestibles y las boticas, que conformándose con el acuerdo mantenían abierta la puerta principal, habían cerrado las demás y cubierto sus escaparates, para que no faltase su protesta á la protesta unánime del comercio madrileño. Y lejos de ser una nota discordante, formaban un eco completamente armónico con el estado general.

La manifestación era ordenada, severa, manifestación de hombres serios que se creen poseedores de la razón y por la razón combaten, sin gritos, sin alharacas, empeñándose más en hacer ver su disgusto que no en servir los intereses de un partido, cuidando de alejarse en absoluto de todo lo que es política, miasma que aquí envenena cuanto toca. En un principio se temió que acabaría mal; luego hubo un momento en que los pesimistas creyeron haberse equivocado; más tarde imprudencias de unos, exacerbaciones de otros, vinieron á demostrar que no se engañaban; que en España no somos todavía un pueblo serio que puede hacer cambiar de un lado á otro el peso de la balanza, poniendo su opinión en cualquiera de los platillos. Fáltanos para ello muchas condiciones á todos: á las masas para hacerse oír á los gobiernos para hacerse respetar. La sangre corre bulliciosa por nuestras venas, invade pronto nuestro cerebro, y turba en un momento nuestra vista. No conocemos la virtud de la esperanza, somos como los niños que no logran llevar á cabo ninguna idea que les exija cinco minutos de reposo, porque no pueden estar quietos. No sabemos ni esperar abajo ni resistir pacientemente arriba. La manifestación del día 20 se echó á perder á última hora. ¿Fue imprudencia de los gobernados? ¿Fue provocación de los gobernantes? No es este lugar á propósito para contar cuestiones tan expuestas, ni resolver problemas tan intrincados. Aquí, á estas columnas no deben llegar las causas, si no los hechos. Apuntemos, pues, los hechos, dejemos que otros inquieren las causas.

Y el hecho fué que otra vez corrió la sangre por las calles de Madrid; que otra vez los espíritus se conturbaban, y que, como en aquellos tiempos, que los políticos conservadores echan siempre en cara á los partidos liberales, las tropas dejaron la tranquilidad de sus cuarteles para turbar la tranquilidad del vecindario; diéronse cargas de caballería, sonaron toques alarmantes de cor-

meta, y unos cuantos ciudadanos indefensos pagaron con su vida las demasías del poder ó la torpeza de sus instrumentos. Pero como la manifestación del día era ordenada; como lo que se había querido realizar, lo que se había realizado era una protesta y nada más que una protesta, y de ningún modo un motín, las cargas de caballería no encontraron masas que las resistiesen; los soldados no tuvieron barricadas de que apoderarse ni agresiones que rechazar, y al dar la media noche, el orden se había restablecido sin que la autoridad civil tuviese que resignar el mando en la militar. Las tropas volvieron á sus cuarteles, los heridos á su casa, los muertos fueron llevados al Hospital, y de aquella triste jornada sólo quedaron las lágrimas de los que habían resultado víctimas más ó menos inocentes.

Deploramos el hecho; lloremos sobre él con amargura; lamentémosle más por la patria que por nosotros. Mientras sucesos tales sean posibles aquí, España no puede aspirar á ser tomada en serio en parte alguna. ¿Qué garantías podemos ofrecer á los demás si á nosotros mismos nos ofrecemos tan pocas?

La emigración de viajeros, adelantada este año por las noticias sanitarias que se reciben de diversos puntos de la Península, deja á Madrid desierto de esa parte de la sociedad madrileña que baila en los salones y luce en los paseos de la capital. Aunque el calor no aprieta todavía, por más que aún podían prolongar su estancia los *touristes*, el espectro que se levanta sobre el horizonte los hace alejarse con fuerza irresistible, en busca de países más benignos.

Porque ya no es posible la duda, ya es inútil disimular el mal cuya existencia, puesta ayer en tela de juicio, es hoy vencida por todo el mundo. El cólera, que el año pasado llamó á nuestras puertas, se ha instalado hoy entre nosotros, habita nuestras más hermosas ciudades, y en todas partes deja sembrada de cadáveres la

huella de sus pasos. Murcia, Valencia, se han rendido ya; Toledo y Aranjuez están sitiadas y caerán también bajo sus golpes asesinos. Y como consecuencia de ellos, como testimonio de su presencia, la miseria y el hambre que le siguen para cebarse en los que sobrevivan á sus ataques y queden en pie á la puerta de sus hogares abandonados.

Hay quien teme la muerte, con ese temor que inspira siempre lo desconocido; quien no habiéndose podido desprender todavía de las viejas preocupaciones de su infancia, divide la eternidad en dos partes, y por más que no le satisfaga la primera, siente terror invencible á la aproximación de la segunda. Hay, por el contrario, quien libre ya de toda traba que le ate al pasado, ve más amplio el horizonte, más hermoso el cielo, más resplandeciente el sol, y mira la muerte como una transformación necesaria de su organismo, fase distinta de la vida universal que une en un mismo círculo de fuego el astro que surca la inmensidad indefinida y el pobre tallo de yerba que crece en medio del campo. Pues bien; uno y otro, el creyente en una religión determinada y el que admite todas las religiones como distintas manifestaciones de un solo culto, los dos temen al cólera. Porque el cólera es el abandono, la soledad, el relajamiento de todos los vínculos sociales, y hay algo más triste, más negro que la muerte del cuerpo, y es la aniquilación del alma.

Morir del cólera es morir sólo siendo objeto de horror para los mismos que le amaron: es extender la mano y no hallar quien la estreche sin que en el mismo instante la retire con miedo; es cerrar los ojos y no tener la seguridad de que unos labios cariñosos pasaran sobre ellos por última vez; es exhalar el postrer suspiro y preguntarse si habrá alguno fiel y leal que lo recoja, ó si, por el contrario, se perderá en el aire infestado de la sala...

Alejemos de la mente esas ideas sombrías de muerte

Por ahora está lejos todavía. Si llega á venir mirémosla sin temblar. Un grande hombre lo dijo al despedirse para siempre de los que acompañaban su agonía:

—No es difícil morir!

Hace tiempo que tengo sobre la mesa entre los libros de que quiero dar cuenta á mis lectores; uno, sobre el cual desearía llamar especialmente su atención, por ser su autor antiguo conocido de los abonados de LA AMÉRICA, que más de una vez han podido saborear lo castizo de su lenguaje y los lozanos frutos de su ingenio. Para el público el nombre de D. Emilio Blanchet no necesita presentación ninguna. No incurriré, pues, en la falta de presentarle. Anunciar un libro suyo es decir al lector que lo compre, pues forzosamente habrá de recrearle la lectura.

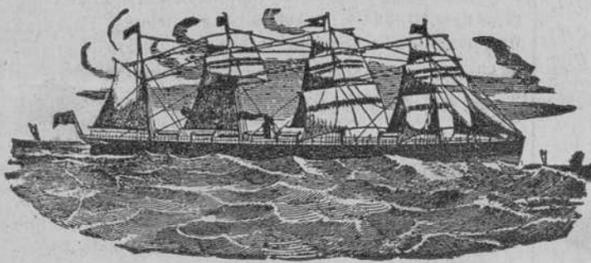
El Libro de las Expiaciones, titula el Sr. Blanchet su trabajo, que es una colección de animadísimo cuadros históricos, en los cuales palpita la vida. Como en el fondo de una linterna mágica, pasan por sus hojas á la vista del espectador figuras graciosas y sombrías, culpables é inocentes, pues que tienen algo que expiar, y cuya expiación se cumple, como se cumplen los fallos de una ley inapelable. Sabina Popea, el mulato Ogé, la marquesa de Pompadour, pasan fielmente retratados con sus virtudes y sus vicios, sin parcialidad que los afee ni adulación que los embellezca; el lector asiste con interés á su elevación, presencia con tristeza su caída, y se funde en uno con el autor cuando éste saluda el progreso y la libertad y maldice el despotismo y la tiranía.

La obra del Sr. Blanchet será muy leída, y por lo tanto, muy alabada. Vaya mi aplauso modestísimo, pero sincero, á unirse á los demás que, de seguro, oírán el autor.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPANÍA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1.º, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE JUNIO

El 30, de Cádiz Antonio Lopez.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes. El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Julio

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador genral de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favoreció. Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas de Cultivos de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA *Rev.*

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13